

# SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Enero 1959

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 60 frs. - N° 719-61

## PUEBLOS Y PAISAJES DEL PERÚ

### BALSAS Y BALSEROS DEL TITICACA

II

La balsa y su balsero, fueron, a no dudarlo, espléndidas fuerzas productivas que acrecentaron la estructura social de los pueblos precolombianos. Se mantienen todavía como factores económicos fundamentales de esta humanidad lacustre, pues el Lago famoso no pudo ser materia de apropiación para la codicia del Conquistador, en la misma forma que la «tierra», ni los elementos biológicos invasores pudieron encontrar clima propicio en estos contornos glaciales para transformarlos, hasta desplazar a los elementos autóctonos.

Esta inmensa fracción acuática de la Altiplanicie, hasta ahora, está vitalmente, históricamente, encauzada por el indígena, pese a los elementos técnicos modernos que se han introducido desde el siglo pasado, como los barcos a vapor, que hacen el comercio entre el Perú y Bolivia. Pero las relaciones de producción entre los pueblos aborígenes y aun mestizos, giran en torno a esta frágil canoa, por islas y riberas.

«Cocha - Uru» o lo que es lo mismo, «luz lacustre» o más metafóricamente aún, «hombre que arrastra la luz lacustre», es el habitante, de espíritu insular, que vive y convive, en acción recíproca, dentro de este universo, concreto y real, por muy mitológico que les parezca a «historiadores» y poetas. Y su tipo egregio es el balsero, ureado por las necesidades colectivas. El Lago es para él lo que el acuario para la planta o para el pez, algo así como una encantadora campana neumática, sin más allá. Su acción cotidiana se desenvuelve de acuerdo con las «constantes» que entran en su vida: la luz, el viento, la nube, el agua.

«Hombre - luz», valga decir, hombre que en sus pupilas trasladada esta gama luminosa de las aguas del Titicaca. Azul de añil, azul marino, azul verdoso, violáceo, en fin, según el curso del sol. Cromoterapia que influye en el vigor físico de estos pueblos.

Y el viento, dinamo que influye en y para la acción humana. Aquel viento que sopla el velamen de la balsa, para hacerla caminar rauda o lenta, con zozobra o segura. El que señala el curso del día, según la dirección de donde viene y el impulso con que se agita. El fuerte viento de las tardes, que viene de la «pampa» —

**S**I el rodeante o «carabotas» domina la inmensidad de la llanura de la estepa, cabalgando sobre el «sunichu», el balsero del Titicaca es el tritón del mundo lacustre, erigido sobre su canoa o «caballito» de totora (anea), embriándolo con la «lloquena», que es timón y remo, freno e impulso motriz. Sobre ese prehistórico vehículo, a merced de los vientos, de andar lento pero seguro, como el de la llama (auquénido), por los repechos andinos, el «cocha-uru» recorre por todos los rumbos de «Mama-Cocha» (Madre-Agua), gana puertos, salva traidores totorales, sortea borrascas y tempestades, siempre a flote y victorioso. Y nutre, con los cereales que transporta, a esta humanidad que vive en la cuenca del Titicaca.

por José URIEL GARCIA

que el Lago tiene también sus «pampas» —, viento de «alta mar». La brisa costanera, en fin, que en las amanecidas anuncia la proximidad de la meta, el puerto de arribada. «Cota - Haya» o viento mañanero, que va del lago hacia la tierra; «Suni - Thaya», viento nocturno, avieso, que baja de las cumbres a agitar las

aguas; «Cacca - Thaya», que viene de los roquedos y acantilados; «Cjari - Thaya», viento viril, que es huracán que aborrasca las tranquilas y suaves aguas de las riberas. Acaso si el balsero aprendiera en la escuela que el viento es simplemente un gas que se contrae o dilata según la temperatura atmosférica, tendría me-

nos supersticiones para las surcadas y su acción fuera más fecunda. Como la escuela no está a su alcance, por el momento le basta ponerse acorde con su «mito» tradicional de que sólo los vientos lacustres pueden encauzar su prehistórica embarcación. Tampoco a doctriñeros coloniales ni a gobernantes republicanos les interesó mayormente que el balsero del Titicaca sepa aquello que ahora sólo adivina.

Como los vientos, igualmente, las nubes son incentivos que intervienen en la dinámica de la vida lacustre, se vinculan con el proceso del tiempo. Grandiosas nubes que se proyectan en mil formas sobre el horizonte. Aquéllas, de los amaneceres, de blancura impoluta, fantásticos lentes ópticos que angulan la luz solar reflejándola sobre la superficie de las aguas o reciben de éstas su reacción luminosa respectiva, acentuando entre ambos reflejos la maravillosa vibración atmosférica del ambiente. Nubes de los ocasos tranquilos, que se incendian sobre el horizonte lacustre entre celajes cromáticos. Plómbeas acumulaciones de las tardes en tempestad, que vienen vertiginosas desde los nevados lejanos y de descargan en lluvias torrenciales sobre el convoy de las balsas, por la «pampa», lejos de las riberas. Los cirrus o los estratos, de ciertas formas y volúmenes extraordinarios permiten saber si la pesca será más o menos favorable o si el tiempo será propicio para que el balsero emprenda la surcada o llegue de una vez al puerto. Nubes, finalmente, para la superstición del balsero, que son más dóciles al esfuerzo humano, al soplo de los primogénitos, que desde cualquier punto de la orilla o desde el pasaje mismo de la balsa parece que, en efecto, encaminaran en la dirección deseada a los vellones de los rebaños celestes.

El totoral es otro dédalo que afina la maestría del balsero para la surcada por entre estos tremedales y aguza sus temores supersticiosos. Grandes extensiones del Titicaca están pobladas por esta anea o espadaña utilísima para el trabajo indígena. La totora sirve para la fabricación de la canoa, desde la quilla hasta el velamen, así como para la construcción de las humildes viviendas, desde el piso hasta la techumbre.



# PUEBLOS Y PAISAJES DEL PERU

Entre estos dédalos viven « fuerzas » que soliviantan la voluntad del balsero. El « mije », ave que con su silbo agudo llama al viento amigo o disipa la nube tempestuosa; según la dirección que adopte para batir sus alas y lanzar su silbo lúgubre, soplará el viento y el balsero tendrá a qué atenerse para encauzar la proa. El « requecho » y el « tiqui-tiqui » le señalarán los lugares más abiertos para la surcada. Los nidos de estas aves le avisan, además, la altura a que podrá llegar en el curso del año el nivel de las aguas del Lago. Y como los balseros que van a Capachica hacen la surcada por estos vericuetos a media noche, ellos y su pasaje, en su mayor parte, compuesto por mujeres que vuelven del mercado de Puno, deberán cantar y alegrarse sin descanso para ahuyentar a los seres maléficos que pueblan el totoral, que pueblan la maraña de su historia detenida desde la Conquista. El « ccate-ccate » o « seguidor », que es una cabeza voladora, al decir de los brujos, la cabeza de los hombres mutilados por mujeres amantes, que persigue a todos los hombres que en vida les causaron daño, pero de preferencia a las hembras, que acaso alguna de ellas lo decapitó. Quizá el « ccate-ccate » se encarna en el « requechó », aquella avecilla de plumajes oscuros que le avisa al balsero la dirección del viento. La « meccalla », mujer alta, livida y flaca, como la muerte, que sorprende al durmiente para chuparle la sangre; la vampiresa indígena. El « anchanchu », el hipócrita que con zalemas y adulaciones puede inyectarle al descuido alguna enfermedad mortal.

Por estos arrecifes lacustres, hundidos en la noche, más que en las aguas, cuando se viaja a Capachica, por ejemplo, hay que conservar el ánimo despierto y alegre, cantar canciones, bromear con picardía, beber a menudo, el aguardiente o « huacaycholo » («lágrimas de cholo») para salvarse de tantas acechanzas y amanecer con felicidad en las rientes playas de « Silacachi », puerto de Capachica, el vergel de estos adustos contornos. No falta entre el pasaje un diestro charanguista, si no es el mismo balsero, que alterna el timón con su instrumento predilecto, para divertir a la apuesta india capachiqueña, que también tiene el corazón expansivo y afable, como risueñas son las tierras donde habita. Entre el tocador del instrumento y el coro entusiasta del pasaje se establece un diálogo musical y poético, casi siempre de poesía improvisada, poesía llena de humorismo y melancolía, henchida de este amor indígena que trata de conjurar, no al « seguidor » ni a la « vampiresa », sino a su miseria proletaria, a su destino histórico, hasta hoy incambiable y terco en subsistir igual que antes y como siempre. Los huainos que se cantan en estas surcadas nocturnas son

de una naturaleza festiva y humorística, distinta a las de otras serranías peruanas. Se diría que los estímulos, aparentemente negativos, acrecientan la reacción positiva y alegre en el carácter de estos pueblos del litoral de la Altiplanicie.

Encerrados en este maravilloso e inmenso acuario viven los « cochaurus ». La tradición lugareña dice que surgieron de los tremedales, como ciertos líquenes que salen a ilote. Sus viviendas se alzan sobre grandes islotes hechos de totora, flotantes y que a veces se desplazan insensiblemente de un lugar a otro, según las corrientes de las aguas que los sustentan.

Estrictamente, los « Uros » son los pueblos que habitan en las márgenes del Desguadero. Por extensión, se llaman « cochaurus » a los traficantes del Lago, como a los balseros. Pero también son llamados así los que en las inmediaciones de Puno viven sobre aquellos improvisados islotes, no siendo precisamente oriundos de sus riberas. Son los hombres exilados por la miseria de las pampas, los desposeídos de sus tierras y pastizales por la voracidad expansiva del latifundio, los fracasados en la pequeña industria de los arrabales ciudadanos. Familias enteras que sobre viviendas flotantes vegetan por toda su vida. Se alimentan de la pesca de pequeñas sardinas o « chñis » y de la cría de alguna vaca, de algún chanco que les queda. Bajo la choza de totora de estos pequeños islotes, se cobija la familia, incluso el perro, la vaca y el cerdo, en condiciones higiénicas verdaderamente lamentables. Son los campesinos reducidos a la más ínfima miseria.

Sólo el balsero es el adalid victorioso que infunde vida a su pueblo; se apoderó de todos aquellos medios que no interesaron a los poseedores para su mayor enriquecimiento. Por cierto, bien poco fué lo que le quedaba para el trabajo. Transporte de cereales de un puerto a otro, apenas suficientes para el sustento doméstico; papas, chuño, trigo, quinua; productos de la pequeña industria, aperos agrícolas, alfarería, tejidos de telar, zapatos burdos de vaqueta, sombreros de lanas de vicuña u ovejas.

Su técnica de trabajo se liga estrechamente con esa balsa o canoa, botecillo todo hecho de totora, de unos cuatro a cinco metros de largo por uno y medio de ancho. Dotado de dos mástiles o « hachihuas », sobre los que sujeta el velamen, también hecho de totora, plegadizo y que se denomina la « quesana », que también puede servir de colchón o « nido », que por eso se llama así en el idioma quechua. Milenario vehículo que sigue midiendo hasta ahora las mismas dimensiones como la misma duración de tiempos remotos. El sistema colonial man-

tuvo esa técnica popular, ensamblada a su régimen económico y ensamblada igualmente a su epigono, el de la República, a la que tampoco le interesa hasta hoy trocar el remo por la dáquima o volcar las aguas del Titicaca como generadoras de otras energías, de impulsos más veloces y fecundos; en una palabra, cambiar las fuerzas productivas para que la estructura social varíe.

En el muelle de indios del puerto de Puno, que hay otro para barcos y hombres « modernos », se apretujan las balsas, balanceándose al compás de la inquietud de las aguas que las mecen. Infinidad de mástiles y velas, en son de partida, propicios a los vientos.

Es tarde de domingo, hora en que ha concluido la feria del mercado y el tráfago para el retorno es intenso. La mayor parte del pasaje lo forman mujeres; aquéllas, las de Capachica, de origen y lengua quechuas, en el muelle de la izquierda; éstas, las de Chucuito, aymaras, en el espigón opuesto. Han abastecido la ciudad de cereales y legumbres, transportados desde sus terrazgos y huertos, a través del Lago, y ninguna habrá negociado por un valor mayor de veinte soles. Las quechuas de Capachica, de la misma estirpe que los Incas, risueñas, altas y garridas, trajeadas con faldas amplias, de bayeta azul y sobre sus velos monjiles, de la misma tela y color, se cubren la cabeza con finas monteras que dan realce a su semblante lleno de simpatía. Sentadas sobre los poyales rústicos, en espera de la partida, hacen las cuentas de su negocio del día, lían su equipaje con los objetos y productos que a su vez se han abastecido de las bodegas de la ciudad, sueltan su parla cordial y sus bromas, muchas veces picarescas y de doble intención, cantan sus huainos evocadores de sus breñas y campos, en los que vierten sus recuerdos y sus amores. Del mismo modo, las aymaras de Chucuito, que por el idioma diferente quedan alejadas de aquéllas. Mujeres un tanto más menudas, regordetas y hurañas, pero no menos vigorosas y apuestas. Y entre los idiomas indígenas, aymara y quechua, dándose de tumbos, el español, prestando más intención a la broma o más claridad y vigor al concepto; la frase mestiza, en la que la palabra del idioma intruso es como joya engastada en material adverso, pero al fin adecuada para la expresión del pensamiento contradictorio y confuso, confuso y contradictorio como su vida social. Mientras subsistan nacionalidades y clases desiguales, habrá muelles separadores para « quechuas », « aymaras » y « españoles ». La frase mestiza es apenas un puente inseguro o un engaste provisional.

Multitud de balsas ya en movimiento de partida, con sus pasajes rebosantes. Mujeres, cual aves, posadas sobre la cubierta, es decir, sentadas en cuclillas. Cada

una, al entrar en la canoa invita amistosamente al balsero a una ración de coca, de cañahua, cualquier otro regalo complementario del valor del transporte. Todas preparan sus ruecas para hilar sus vellones de lana durante la travesía, velones adheridos a la cintura - forma de trabajo de la mujer aborigen usual y generalizada desde cuando era tributaria, sea para los Incas, sea para los Conquistadores y terratenientes. Antes de arrancar, el remero se cala el gran « chuillu » para protegerse por la cabeza contra el frío y se envuelve el cuerpo con sendos ponchos y mantas, desde los hombros hasta los pies. ¡A cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar! No hay otro medio de calefacción para el viaje nocturno.

El « caballito de totora », dócil y raudo, como el sunichu sobre las pampas o tranquilo y gallardo como la llama que atraviesa las quebradas, surca el Lago a merced de los vientos nocturnos. Aquellos que van hacia Capachica se pierden al punto entre los dédalos de las espadañas de « Oaje », « Suqui », « Huillipampa », etcétera, hasta encontrar, ya a la amanecida, el puerto de « Silacachi ». Comienza, a la partida de la sutil embarcación, el « huifaleo », es decir, el canto dialogado entre el charanguista y la voz cantante del coro de mujeres del pasaje, canto alegre y triste, al mismo tiempo, como estos panoramas, que ahuyentará las maléficas acechanzas de las fuerzas destructoras de esta vida elemental y simple, humilde y cargada de belleza singular.

« Huifalay, lalay, lay... », es la frase insinuante del canto del charanguista, que exige la pronta respuesta del cancionista que encauza al coro, casi siempre con alguna frase burlona y picaresca que entusiasma a los viajeros, por su ingenio y prontitud.

Aquellos otros se dirigen más rectamente al centro del Lago, hacia « Amantani » y « Cucuito », entonando igualmente sus canciones aymaras, de metáforas no menos henchidas de poesía y humorismo, aunque no siempre tan finas y risueñas que en el idioma quechua.

Bajo la profundidad de la noche, todos los rumbos del Titicaca se pueblan de canciones, canciones de esta humanidad cuya emoción se entrama con el resplandor de su Lago, con la amplitud de sus llanuras, con el impulso de sus vientos. Pero sobre todo, con el dolor secular de su opresión, en contraste y unidad, a la vez, de la energía de su persistencia victoriosa sobre todas sus miserias.



# La parábola del tiempo presente

por Antenor ORREGO

**E**L discípulo estuvo sumergido en sí mismo, vuelta hacia adentro la escrutadora mirada, días tras días, opresa el alma por terribles congojas, cavilando siempre sobre los mismos trascendentales misterios. De la oscura entraña de cada uno surgían, hacia arriba, la inextricable fronda de las interrogaciones. Emergían, cual enormes volutas elásticas, henchidas de imperativa existencia, cargadas con su insatisfecho y casi diabólico anhelo de certeza. Luego, acababan por curvarse hacia abajo, como ganchos vencidos que no lograron prenderse en la pulpa esquiua del enigma. Las respuestas fugaban siempre más allá, mucho más allá, del lindero visible y fluyente de cada pregunta.

Empero, cada frustración, en vez de calmarlo, parecía acicatear este indómito anhelo. A la espalda de cada interrogación emergía otra, y otra, y... otras más, como si cada una sembrara, al avanzar hacia la conciencia, la semilla de su ansia inquietante. Era una incesante y turbadora proliferación, como si cada una estuviera engarfiada a la otra, por oculto resorte, que la obligara a denunciar su presencia. En pocos minutos se alzaba sobre la cabeza torturada del discípulo, una suerte de montaña de volutas interrogantes, cuyas puntas vueltas sobre sí mismas, remataban en círculos de fuego que giraban y giraban sin darse punto de reposo. Más bien, parecía una corona de martirio que, cada vez, se tornaba más gravitante, punzando con mayor saña su corazón estremecido y oprimiendo, con más rigor, sus sienas convulsas.

Sobre esa cabeza abrumada de meditaciones que parecía, sin embargo, antena crepitante de mensajes, tremolaban las preguntas: ¿Eternidad? ¿Inmortalidad? ¿Absoluto? ¿Ser? ¿Tiempo? ¿Espacio? ¿Nada?

Flotaban estos vocablos en el vacío, como péndulos vibrantes, oscilantes entre la tierra y el cielo. Péndulos que terminaban en sí mismos sin abertura alguna, como órbitas cerradas que no marcaban ningún camino a su misterio, que no señalaban ni siquiera una ruta probable de tránsito a su arcano insondable.

Sumido en sus cavilaciones que se hacían, cada vez, más turbadoras, el discípulo marchó en busca de su Maestro. Ya no pudo soportar por más tiempo el peso tremendo y lancinante de sus preguntas. Cada hora se tornaban más agudas, como si afilaran sus aristas para hundirse en su alma con más acerba, sutil y vertical incisión de angustia.

Ya en la presencia del Maestro, el discípulo habló así:

— No vengo a pedirte la Verdad, Maestro, porque tú no podrías dárme la jamás. La Verdad, la mía, debo buscarla yo y encontrarla por mí mismo. Cualquiera otra no me serviría, aunque me la brindara el más sabio de los hombres. Vengo sólo a pedirte sugerencias de caminos que deseo recorrer por mí mismo, vengo a pedirte señales y direcciones porque no hay ninguna que surja del corazón de los enigmas. Apenas quiero que, con el índice, me indiques la dirección acertada del vasto, del innumerable horizonte, donde innumerable y acaban todos los caminos.

El Maestro respondió:

— Me pides casi todo, hijo mío. Si fueras un hombre sencillo, con la sola simplicidad de tu alma encontrarías por tí mismo la dirección acertada de tu ruta. Bastaría que ames la Verdad por sobre todas las cosas, que estuvieras dispuesto a sacrificar por ella aún tu propia vida. Esto sería suficiente y todo lo demás te sobraría. Pero, eres un hombre henchido con la sabiduría de tu civilización, has agotado las enseñanzas de tus innumerables libros. La ciencia ha puesto en tus manos poderes inauditos de conocimiento. Has recorrido la tierra en todas direcciones. Conoces, como si las vieras, las más remotas civilizaciones del

pasado. Sabes la historia de tu planeta desde sus orígenes. Esta acumulación de saber hace más fácil que puedas extraviar tu camino. Para indicarte la dirección de tu ruta voy a narrarte una parábola, cuyo seductor argumento lo están viendo los hombres que viven en esta época, remate de todas las proezas maravillosas de la humanidad.

El Maestro hizo una pausa que estaba, sin embargo, preñada de pensamientos. Se concentró poderosamente en sí mismo y recomendó su discurso.

— La parábola es muy sencilla, dijo. Sigue rigurosamente la trayectoria del esfuerzo y de la sabiduría humanos. Voy a contártela brevemente.

El Maestro se detuvo un instante y, con pausada entonación, prosiguió.

— Repara, hijo mío, es un hecho muy sugestivo que le ha ocurrido al hombre en estos últimos tiempos y desde el cual voy a partir en el aderezo de esta parábola. Parece una narración fantástica cuando se cuenta el dramático desarrollo de esta aventura humana. Diríase que la imaginación extravagada de un demente confeccionara una conseja estrambótica y la insertara en el corazón mismo de los acontecimientos que estamos viviendo.

«Fíjate que el espacio geográfico y el tiempo humano se han reducido en una escala realmente pasmosa. La tierra es hoy más pequeña que la antigua Grecia. En pocas horas se la puede atravesar en varias direcciones, justamente el tiempo que necesitaba Pericles para ir a dar un paseo de descanso en las afueras de Atenas.

«Casi lo mismo ha ocurrido con el tiempo histórico. Hoy sabemos sobre las más remotas civilizaciones de la antigüedad muchísimo más que los griegos pudieron saber de sus propios orígenes. Si el hombre lo desea, puede reproducir en una pantalla, con estricta fidelidad histórica, el desfile de acontecimientos que ocurrieron durante el reinado de Artajerjes, mientras cualquier político inglés pronuncia un vibrante discurso electoral en alguna callejuela de un distrito de Londres. Espacio y tiempo se han encogido hasta lo inverosímil, como si fueran el escenario de un mundo habitado por enanos. El mundo ac-

tual ya no tiene el tamaño del hombre.

«Pero, el hombre no se ha contentado con esto. Ha comenzado a medir las distancias en segmentos de tiempo. Así, suele decirse, que entre tal o cual punto geográfico hay tantos minutos o tantas horas. Esto significa que espacio y tiempo se han fundido en una sola unidad de medida. Tal uso está ya incorporado en nuestros hábitos cotidianos. Esta sustitución del espacio por el tiempo es fecunda en tremendas consecuencias. Significa, propiamente, la desaparición o eliminación del espacio de la inmediata sensibilidad humana, de su percepción física directa, como si fuera una mera abstracción geométrica, un simple signo dentro de una breve fórmula matemática. Ha sido reducido a la misma categoría de esos espacios teóricos sobre los cuales se desenvuelven las matemáticas no-euclidianas. Es decir, un espacio de gabinete para el mero uso de los teóricos de la nueva matemática.

«En verdad, el espacio ha sido expulsado del recinto de la tierra por su inmovilidad. No cabía su fijeza ingénita en un mundo en que todo se movía con feérica celeridad, en que el minuto se come la distancia nutriéndose de su entraña. El tiempo ya no transcurre solamente. Se ha convertido en un gusano famélico que va devorando la tierra de su camino. El espacio está en el ostracismo. Ha sido arrojado al vacío sideral sin rango alguno, como simple y humilde lecho de las estrellas.

«Sin embargo, hay también otras dos características del universalismo mundial de esta época, en las que es preciso reparar con prolija atención:

«Primera, el mundo actual se ha interiorizado porque ya no existe ningún afuera que rebase su ámbito. Propiamente, las fronteras psicológicas y culturales han desaparecido con la universalidad y unidad de la cultura contemporánea. Ahora, el mundo es todo dentro, intrínseca y absoluta entraña, sin casi periferia discernible, sin exterioridad. Nada hay que pueda llamarse externo en su actual realidad si la miramos en relación con nuestra escala planetaria actual. Diríase que lo fuera de la tierra se ha esfumado de nuestra percepción, como arrebatado por la varita teúrgica de un

mago travieso. O que el velo de Maya de la metafísica indostana que nos lo hacía ver, como ilusión engañosa, hubiérase desgarrado con repentina presteza. De súbito, lo hemos perdido, sin darnos cuenta del tamaño de su ausencia.

«En adelante, toda ampliación de la vida humana, cualquier desarrollo de su actividad y la menor indagación de la curiosidad mental del hombre, se han revertido en sentido opuesto del que tuvieron en otras épocas. Se acabaron las narraciones fascinantes de Marco Polo; las revelaciones fantásticas de parajes desconocidos; las bizarras hazañas y el latrocinio heroico de los piratas atrevidos en mares lejanos con que nos adormían las abuelas, cuando en la tierra había superficie y espacio todavía. Desde ahora, todos los descubrimientos hay que hacerlos en sentido vertical, hacia dentro, en profundidad. La superficie, lo horizontal, lo pleno, la extensión, han desaparecido de la órbita mental del hombre y, por lo mismo, de la órbita de su indagación.

«Cuando el mundo estuvo dividido en pequeñas unidades históricas, entonces, tuvieron sentido lo adentro y lo afuera, lo interior y lo exterior, contrapuestos el uno al otro, porque se miraba la realidad desde los puntos de referencia que eran las fronteras de las diversas zonas históricas y culturales. Ahora no. Sólo tenemos un gran mirador, desde el cual se despliega la visión humana, como un venablo encendido, hacia el corazón del planeta o hacia el abismo del alma. Lo provincial, lo restringido han muerto en definitiva para bien o para mal del hombre. Cada aldea es hoy un centro de repercusión mundial. Ahora no hay sino lo dentro, lo interior, el meollo, el núcleo, la hendidura del átomo. Es, como si de pronto, también, se hubiese volcado la entraña que reside en el vértice invertido de la sima, para aflorar hacia arriba. No se sabe si allí podrá encontrar el hombre la luz suprema que



Lección del maestro. La última.

# LA PARABOLA DEL TIEMPO PRESENTE



busca, pero, el mundo contemporáneo está celebrando los suntuosos funerales de la superficie, que tuvo tan larga figuración y vigencia en la historia.

«Hay, además, otro semblante, no menos sugestivo y no menos cargado de significación, en esta realidad que hemos comenzado a vivir. En la actualidad la vida universal es absolutamente dinámica, cambiante y movidiza. Es, íntegramente, fluencia torrencial del minuto; catarata barboteante del segundo que proyecta sobre el hombre un mágico surtidor de revelaciones y sorpresas vitales que nunca se agota. La realidad de hoy, en su perfil de creación original, ya no es la de ayer, ni lo será la de mañana, en todo orden y jerarquía de cosas. Es volátil y movidiza, deviene con una premura que ahoga el tiempo y yugula al reloj. Entre minuto y minuto ha proliferado un universo que no puede medir ya la aguja horaria. Es de tan prometeica estirpe que se esfuma, como un zigzag raudo, cualquier matiz original del acontecimiento. Es que el hombre se traslada hoy en aviones supersónicos, sus ojos y oídos captan imágenes y sonidos que vuelan en las ondas electrónicas. En el futuro esta aceleración será mayor todavía porque estará ya, al servicio del hombre, la energía nuclear del átomo con sus inmensas posibilidades. Tendremos que desterrar, también, a nuestros relojes de precisión, ya que para medir la velocidad y riqueza de nuestra vida tendremos necesidad, quizás, de relojes de luz, de medidas astronómicas con referencia a las galaxias. Habremos descubierto, entonces, dentro de nosotros mismos, verdaderas nebulosas, universos de universos. Ya desde hoy, no podemos mensurar la velocidad y peso de electrones y protones sino por una onda luminica.

«Casi es paradójico que la unificación universal de una tierra sin superficie y sin espacio, haya traído mayor riqueza vital, en vez de agostarla y empobrecerla. Hay ahora más profusión de tensiones biológicas, mayor escala de polaridades psicológicas, más copiosa proliferación de misterios, mayor volumen de interrogantes que reclaman respuestas de la inteligencia humana, que en la multiplicidad horizontal de antaño y en la diversidad de las fisonomías culturales antiguas. La razón de este fenómeno sorprendente es que el hombre ha comenzado a tocar la dimensión de su profundidad en la que está asentado, para toda forma de vida, el hontanar de su revelación original.

«El mundo es más fecundo hoy en aspectos significativos y trascendentes porque se ha hecho más rico y dinámico en la dirección de sus raíces primordiales. Necesitamos una conciencia más flexible y más abierta a una iluminación íntegral, que la que poseían antes los hombres, para dominar y comprender esta realidad compleja que nos circunda. Cada hecho, cada gesto, cada pensamiento, cada iniciativa del hombre contemporáneo, se desprenden desde zonas más profundas, más verticales a su

hondura, más perpendiculares a los senos de la vida, y necesitan una tensión mayor para realizarse, una más rápida intensidad vibratoria para abrazar todo su ámbito interno. Si quisiéramos un lema breve que expresara adecuadamente este estado de hecho de la vida contemporánea y de la que advendrá en los próximos siglos, habría que usar el título del famoso soneto del poeta Vallejo: *Intensidad y Altura*. La esencia de todo ahondamiento humano e histórico se realiza en estas dos dimensiones vitales. Es decir, por la velocidad de sus frecuencias sensorias, que es su intensidad de pensamiento; y por el nivel, la elevación, el volumen tonal de su expresión que es su altura, su formato vital.

— Hasta aquí, dijo el maestro, el hombre no ha extraviado su camino, de modo fatal e irremediable. La historia le ha puesto en el umbral de su propia y auténtica profundidad humana. En esta dimensión puede encontrar todavía, esforzándose por completarse e integrarse a sí mismo, otra dimensión de su ser que ha descuidado enteramente, arrebatado por la loca carrera de su orgullo y por la desenfrenada curiosidad de su conocimiento. Si el hombre fuera todavía capaz de alcanzar el dominio de sí mismo, se encontraría, al fin, con su dimensión moral, fuera de la cual no puede alcanzar jamás su último designio, la perfección e integración de su ser que lo lleva, como de la mano, hasta la puerta de su trascendencia. Esta última y fatigosa jornada es precisamente la que lo humaniza por entero y lo arranca, en definitiva, de su poster asidero animal. Todas sus anteriores y maravillosas adquisiciones, todas las proezas que ha consumado su conocimiento a través de la historia, si no alcanza su dimensión moral, su temple ético adecuado, se tornarán peligrosas y satánicas para él, se harían destructivas para sí mismo y para la subsistencia de la tierra en lo sucesivo. Esta es la terrible alternativa en que se encuentra la historia contemporánea. (1)

— Hemos llegado al punto neutro de esta narración, hijo mío, dijo el Maestro. Lo que sigue ya no es historia, pero es, en cierto modo, prolongación de ella, el seguimiento lógico que hace la fantasía. Sin esta prolongación convencional no podría señalarte, con el índice, la verdadera dirección de tu camino. Revístete de paciencia y acompáñame.»

Un tanto fatigado, el Maestro volvió a concentrarse sobre sí mismo y prosiguió, luego, su narración con una voz un tanto más patética y solemne que la anterior, pero, además, como circundada por una temblorosa entonación melancólica.

— Duró poco para el hombre la embriaguez de su proeza, conti-

(1) Una parte de este trabajo, la que corresponde a la trayectoria histórica, ha sido tomada de mi ensayo: «Hacia una conciencia cósmica del hombre»: (Nota del autor.)

nuó el Maestro. Estaba a la puerta de su profundidad vital, pero, le faltó energía y decisión para entrar resueltamente en ella. Pronto echó de menos el espacio y el tiempo que había perdido en la demencia de su carrera. Le vino entonces el ansia de recuperarlos, pero no conscientemente sino como deseo de continuar la cadena asombrosa de sus conquistas humanas. Sin espacio, sin superficie y con un tiempo tan acelerado, no vio la posibilidad en la tierra de proseguir sus hazañas. Efectivamente, no había medido el verdadero formato de estas ausencias. Estaba envenenado, sin saberlo, porque comenzó a sentir la terrible, la obsesionante, la angustiada nostalgia de la superficie y del espacio que había desaparecido. Tuvo entonces la decisión de ir a recuperarlos de nuevo, al lugar donde se encontraban en ostracismo porque su vida era imposible sin ellos. Tendría que ir al gélido vacío de las regiones siderales, donde se encontraban, como dije antes, sirviendo de humilde lecho a las estrellas. A ese vacío que todavía estaba inexplorado para su percepción y para su conocimiento.

«Como los viajes sobre la piel de la tierra ya no tenían incentivo para su insaciable curiosidad tendría que inaugurar la era de los viajes interplanetarios. Resolvería los más complicados problemas científicos y técnicos. Tacharía íntegramente el cielo con satélites artificiales que disputarían el espacio a los astros. Servirían de estaciones para sus extrarrápidos aviones atómicos que salvarían en pocas horas las distancias entre los diversos globos de nuestro sistema planetario.

«Pero el hombre no se contentaría aún con eso. Era ahora un ser tan poderoso y disponía de tan infinitos recursos científicos que tentaría lo imposible. Tal vez llegaría a viajar sobre las ondas de la luz, con tal rapidez, que lograría inmovilizar la fuga del tiempo, suprimiéndolo, como hizo con el espacio de la tierra. Este tomaría entonces su tremendo desquite porque acabaría por devorar la sucesión y el cambio, sin los cuales, el tiempo quedaría destripado.

— Entonces el hombre, añadió el Maestro, como si estuviera fatigado, caería en una absoluta y vacía inmovilidad. El movimiento llevado a su poder extremo se habría devorado a sí mismo, y también, a sus propios hijos, como en el mito de Saturno. Se encontraría el hombre sumergido en una fijeza que lo llenaría de espanto. Estaba ante un presente perdurable, cuya permanencia no se desplazaba en ninguna dirección. El futuro y el pasado estaban muertos para siempre, escamoteados por un Demiurgo mucho más poderoso que aquél que arrebató el espacio y la superficie a la tierra.

— Sólo entonces vio el hombre que tenía algún sentido la famosa frase de Shakespeare: «El tiempo debe detenerse». Efectivamente, estaba como congelado, cataléptico, inmóvil. Tiempo y espacio se habían fundido en un solo vacío primordial e insondable.

«Pero, repentinamente, por arte de magia teúrgica, el hombre se encontraría, — ya sin espacio y sin tiempo, — frente a frente de la *Eternidad*, que no tenía dimensión alguna. Mejor dicho, se encontraba con algo que era la matriz de todas las dimensiones en potencia. Y el pobre hombre tan orgulloso de sus proezas, nunca se sentiría tan desvalido porque no sabría qué hacer con ella; su conocimiento no le serviría para nada porque sería incapaz de comprenderla. Tendría en sus manos un inmenso tesoro que no podía disfrutar.

— Ninguna tragedia como ésta, hijo mío — dijo el Maestro — habría existido jamás para el hombre, su dolor desgarrante sería insondable, también, para nosotros porque no seríamos capaces de experimentarlo, ni tampoco resistirlo ni la millonésima parte de un segundo. Sólo entonces la criatura humana comenzaría a comprender la precipitación insensata y la inmadurez de su juicio para medir las consecuencias de su temeraria aventura.

— Comprendería así, con una claridad que nunca tuvo antes, la sabiduría profunda de haber nacido en la cuna primordial de su vida. En esa cuna que estaba en la superficie y circundada por el espacio y el tiempo de la tierra, que era su madre y que le reventaría hasta que tuviera las suficientes fuerzas interiores para desprenderse de ella. Tras de esta pavorosa experiencia, vería, también, que el hombre, espiritualmente, apenas sea un niño de pecho.»

Luego, el Maestro, haciendo un último esfuerzo, redondeó y terminó la parábola, de este modo:

— Entonces comprendería también, el hombre, que para llegar a la *Eternidad* por el buen camino, tenía que interiorizarse tanto en su propia profundidad hasta tocar su perfección a través de su máxima hondura. Allí estaría ese valor vital que descuidó y, acaso, despreció al comienzo de su hazaña histórica. Pero ese valor inaudito sólo lo puede encontrar aquí mismo, sin salirse de la tierra. Ningún otro Edén planetario podría ofrecerle las condiciones más favorables para lograrlo. Se trataría de modelar la belleza estatuaria de su moral, a través del dominio de sí mismo. Esta hazaña requiere más energía que todas las hazañas anteriores de la historia. Sólo así el hombre estaría listo para trascender de sí mismo y alcanzar la dimensión suprema, la dimensión de lo eterno. Lo encontraría tan cerca de su mano que no necesitaría salvar ni el más pequeño intersticio, ni siquiera el mínimo espacio, ni el mínimo tiempo que necesita su dedo menique para moverse sobre su gozne. La eternidad estaba aguardando al hombre en la profundidad de su propia conciencia. Estaba a la vuelta de sus viajes interplanetarios, diríamos, sentada, esperándole en el umbral de su humilde morada terrena.

Dijo esto y calló el Maestro.

# JUAN ALCAIDE, poeta de la Mancha

por F. FERRANDIZ ALBORZ

**E**N el trasiego diario de muerte que es la vida española, me entero, con siete años de retraso, de la muerte del poeta manchego, español, Juan Alcaide Sánchez. La verdad es que para mí, se acaba de morir. Durante los años de mi cautiverio en España y de exilio en Francia y América, mantuve siempre la esperanza de tener noticias tuyas, esas noticias que son a la postre grito de resurrección de quienes creíamos muertos en la tragedia de los odios represivos de la bestia triunfante.

Lo recordaremos siempre, en las postrimerías de la guerra española, en el frente de Extremadura. Al despedirnos dijo:

— Quiero dejarle un testimonio de nuestra amistad.

— El mejor testimonio es nuestra amistad misma.

— No, no es suficiente. Soy cristiano a lo católico y necesito materializar mis sentimientos.

Y escurbando en su valija sacó un par de guantes blancos, de cabritilla, muy finos, de *gentleman*. Y ofreciéndomelos:

— Me los he puesto una sola vez para hablar de Federico García Lorca. Uselos en mi recuerdo.

Porque Juan Alcaide era todo un caballero, más fino que lo puedan ser los ingleses porque en él no había can sino sinceridad castellana, austeridad manchega, y esa pulcritud que se adquiere en los hogares españoles en los que ha predominado el afecto femenino, de madre, de hermana o de mujer. El tuvo la suerte de haber encontrado ese afecto doble en su madre y una tía.

Días y noches trágicos de Piedrabuena y Almadén. Los aviones y los cañones zumbaban entre ráfagas de ametralladoras y se hacía más intenso el silencio de los intervalos. Un silencio de muerte. Las noches eran aclaradas por las bengalas de la aviación enemiga para localizar a nuestros muchachos montando guardia en las trincheras, y dormir era un continuo sobresalto. En una de las mañanas sedantes, con silencio más mortal que el de los intervalos entre ráfagas y estruendo de bombas, la radio anunció la sublevación de una parte de la escuadra en el apostadero de Cartagena. Se pasaron momentos de angustia. Se me había encargado la Comisaría General de Propaganda del Frente de Extremadura, y Juan Alcaide desempeñaba la Secretaría. La noticia nos dejó temblorosos de emoción telúrica.

— ¿Qué le parece? — me preguntaba más con los ojos que con la boca.

— Nada, Juanito. El principio del fin. Nos machacarán.

— Yo no lo creo. Algo ha de pasar que salve a España. ¡Un milagro, señor, un milagro! — decía patéticamente.

Por aquellas fechas, la URSS, Estados Unidos, Inglaterra y Francia, extremaron su defección de-

mocrática y dieron campo libre a la Triple Entente formada por Hitler, Mussolini y Pío XII, consolidando el triunfo del fascismo en España. Y le recitaba yo a Juan Alcaide:

*Llegaron los sarracenos  
y nos molieron a palos,  
que Dios ayuda a los malos  
cuando son más que los buenos.*

Como consolación no era mucha, pero sofocábamos la indignación.

Juan Alcaide era un fino espíritu sensible a todas las cosas. En aquellos días, reciente la muerte de Antonio Machado, en Francia, después del desmoronamiento del frente de Cataluña, Alcaide era una lágrima vertiendo sentimiento por la muerte de su maestro. No podía avenirse a ese dolor, lo que consideraba el máximo dolor de la poesía española.

— Su muerte — le decía yo — es la culminación de su poesía. Ha muerto en función de poesía, como soldado del Verbo. No lo llore, sino, como el decir de los griegos, imítelo cuando llegue el caso, viva y muera en loor de poesía, a medias entre señor y juglar, como fué él. Y le recitaba (días de mi excelente memoria):

*Mi infancia son recuerdos de un  
palacio de Sevilla, — y un huerto  
claro donde madura el limonero;  
— mi juventud, veinte años en tierra  
de Castilla; — mi historia, algunas  
cosas que recordar no  
quiero.*

— ¡No sea cruel! — me decía con los ojos empañados.

El mero recuerdo de Antonio Machado le ponía sensible hasta la lágrima. Pero yo, transformado en cruel sentimental, seguía persistente recitando el «Retrato» hasta llegar al patetismo final, rúbrica de una voluntad de vida y poesía que se cumplió trágicamente:

*Y cuando llegue el día del último  
viaje, — y esté al partir la nave  
que nunca ha de tornar, —  
me encontraréis a bordo ligero de  
equipaje, — casi desnudo, como los  
hijos del mar.*

Luego me enteré que en su casa tenía encendidas dos lámparas votivas, una por el alma de su padre y otra por el alma de Antonio Machado. Era un espíritu cristia-

no saturado de sensualidad pagana y verbo poético. Un emocional hasta lo hiperestésico, que fatalmente había de ser triturado por la barbarie de los triunfadores sin alma.

Vivía siempre en aura de poesía. Los versos se le habían hecho carne, motivo inmediato de su expresión y estaba en coloquio continuo con sus ritmos. Aquellas sobremesas en rueda de comisarios, eran inefables. ¡Qué importaba que retumbara el cañón y que los motores de la aviación enemiga zumbaran sobre nuestra cabeza!

— Juanito, otro poema.

Y Juan Alcaide, con aquella su voz apagada que enardecía a veces con un sorbo de vino de su Valdepeñas, recitaba incansable. Sus preferidos eran Antonio Machado y Federico García Lorca. Los soldados sabían de su maestría y en los descansos le insistían para que les deleitara con sus versos. Él accedía complaciente y gozoso. Y era divertido ver aquel fino espíritu, aristocrático espíritu, entregado a la noble tarea de sembrar poesía entre la gente sencilla, pastores y gañanes de Extremadura y La Mancha. Era como si el dolor de los hombres se lavara con luz y queaara limpio de rencores. Una poesía de evocaciones terrigenas, de sensualidad pura, de mirada inocente, de palpitation profunda, ensanchando el cuenco del corazón. Una poesía capaz de hacer olvidar la barbarie de la guerra.

Aquel día, cuando le anuncié que uno de los boletines informativos para la tropa se dedicaría a exaltar la figura de Antonio Machado, me abrazó emocionado. Escribí unas cuartillas para decir a nuestros soldados que Antonio Machado era la expresión de la España perseguida y crucificada por el fascismo. Dije cómo Machado, de ascendencia gallega, nacido en Sevilla y cantando a Castilla era alma de España una y múltiple, poesía hecha hombre, tierra, verdad y sentimiento. Le gustó, pero le dije:

— Desengáñese, Juan. Con esto no ganamos la guerra. La guerra se gana con cañones, aviones, tanques...

— No sé si con la poesía se ganarán guerras, pero se hace algo más importante, se hacen hombres.

— Puede que sea verdad, pero no lo diga a nadie, que nos tomarán por derrotistas.

No conozco de su obra más que sus poemarios «Llanada» y «Mimbres de pena». El primero con la carta prólogo que le dedicó Antonio Machado, y el segundo dedicado a la muerte de García Lorca. Todo me lo arrebató la furia cainita. Sé que editó, después de la guerra, «Colmena y pozo» y «Albores». No los he leído. Luz sobre el poeta nos la presta el



Juan Alcaide Sánchez

cuadernillo de correspondencia que euitó Cástulo Carrasco en 1955, cartas en las que el poeta canta su melancolía y desesperación de vida o de muerte.

Refinado y complejo, sencillo y múltiple, culto y natural, Juan Alcaide era un milagro de perseverancia en aquellos días terribles. Era mimado por comisarios y tropa con respeto místico hacia su mística poética. Es admirable cómo los hombres sencillos reverenciaban la pura belleza del alma cuando ella mana de un alma pura. Pero estaba escrito que no habían de triunfar los puros. Aquello parecía más bien una pugna entre poesía y brutos, y triunfaron los brutos. Imaginemos, pues, a Juan Alcaide entre brutos. Los días de persecución antipoética, de cobardía y miedo, de terror, de campo de concentración y cárcel, y los terribles días de libertad vigilada. ¡Cómo minarían su fe el hombre! ¡Cómo harían dudar su esperanza en el aliento liberador de la poesía! Su poesía de campo manchego, luminosa como su campo, de aventura de Don Quijote, de fe de Sancho, de curas comprensivos, no trabucáires como los de la Falange, de tías y sobrinas preocupadas por la aventura del hombre de aire cruzado por los aspas de los molinos de viento, todo para hacer más puro y más aire en el que respiren los hombres.

Juan Alcaide, que, como su maestro Antonio Machado, iba tras el hombre esencial, se sentiría perdido y falseado en un ambiente de perdición y de falsía, y aunque el amor de su madre y de su tía, junto al recuerdo de sus amigos, le tiraba, decidió dejarse morir vistiendo de luto a la luz de su Mancha y de sus hombres. Una voz más de la España eterna que enmudecía para dejar testimonio de su protesta. La poesía enmudece cuando sólo se oyen los gritos de los caínes esparciendo viento de odios.

# LA LOCURA DE DON QUIJOTE

Fácil es, por cierto, hallar en su obra elementos de juicio para estudiar la locura de Alonso Quijano. No es un loco reconcentrado y taciturno, sino explicativo y locuaz; en todo halla ocasión para esparcirse, opinando a pelo y a redopelo. Desde que se acendra su afición por la lectura de libros de caballería, las personas que le frecuentan advierten en él los primeros síntomas de una preocupación exaltada; al fin se manifiesta en actos, con la resolución de salir en busca de aventuras.

El ama refiere al cura, más tarde, que de tiempo atrás «de había oído decir muchas veces, hablando entre sí que quería hacerse caballero andante, e irse a buscar aventuras por esos mundos»; y cuando el hidalgo regresa maltrecho pidiendo que llamen a la sabia Urganda para que le cure y cate de sus heridas, confiesa el ama que todo lo ocurrido era de esperar: «¡Mira, en hora mala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. ¡Malditos, digo, sean otra vez, y otras cientos estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!» Conociáanse, como se ve, el principio de la enfermedad y las causas que la habían determinado; pues por su parte, la sobrina, no se detuvo en confesar al barbero: «más yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados como si fuesen herejes.»

El proceso inicial de su locura es lento; la lectura de los fabulosos libros actúa sobre su temperamento predispuesto poco a poco. Y que le harían daño bien pudo predecirlo el cura de su lugar, cuando se entretenían los dos en discutir sobre si fué mejor caballero Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula, siendo este último el que Quijano tomaría particularmente por modelo de sus propias imaginarias hazañas.

Su salida, con el bobalicón de Sancho, no fué ocurrencia imprevista; Quijano hablaba siempre de lo mismo — cada loco con su tema — hasta que «del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio». Con eso «se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamiento como de pendencia, batalla, desafío, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles.»

La causa inmediata de su locura, fué en suma, la constante sujeción de los pícaros libros; pero

## I

No iban erradas las palabras que dijo el bachiller Sansón Carrasco acerca del gusto que tomaban las gentes de toda edad a la incomparable historia de las aventuras de Don Quijote. Es seguro que ningún alienista puede leerla sin sentirse tentado de anotar detalles que dicen relación con su singular locura; asombra la penetración con que Cervantes la analiza y la comprende aparte de tal o cual contradicción psicológica subordinada a las necesidades novelescas del relato. Va para un siglo que el ilustre Esquirol le prestó su alta sanción en breves palabras: «Se encuentra en Don Quijote una descripción admirable de la monomanía que vino en casi toda Europa, después de las cruzadas; y es sabido que otros alienistas han celebrado más tarde, en páginas expresivas la perspicacia médica psicológica del manco inmortal.

por José INGENIEROS

de seguro que ellos no le hubieran trastornado si no estuviese predispuesto, como no trastornaron al cura que, sin duda, los leía también, pues tenía autoridad para discutir sobre el mérito singular de los paladines. Pero en Quijano fallaba algún resorte cerebral. Ello le inducía a mirar como realidades las patrañas escritas, a punto de que «se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.» Fué así que su delirio se constituyó poco a poco, sistematizándose en torno de una idea central, que era por una parte la de imitar la gesta de los andantes caballeros y por otra la de luchar

con ellos y vencerlos; y vino, al fin, «a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo y fué, que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban deshaciendo todo género de agravios, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama.»

Monomanías, pues, tal como hace un siglo la denominó Esquirol. Merece notarse justeza de su desarrollo progresivo tan propio de estos que ahora llamamos «delirios sistematizados»; pero, en rigor, es un poco tardía la edad de cincuenta años a que aparece en el enjuto hidalgo.

Su primera salida no señala el comienzo de su locura sino el momento en que el delirio influye sobre la conducta y se manifiesta en actos. Los primitivos soliloquios van a ser suplidos desde ese momento por copiosas explicaciones y las noches de mal velar por atropellos de que habitualmente le tocaría la peor parte.



● Fotografía de un aparador de Alés (Gard) ●

No es disimulador, no sabe defenderse ocultando su delirio, como los monomaniacos aleccionados por la experiencia. Hace ostentación de su disparatería, y en términos tales que cuantos tienen algo que ver con él, comprenden que está loco, los más para reírse, y algunos para perdonarle. El ventero andaluz, con quien tropezó a las primeras de cambio, tenía ya algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped y confirmó su opinión cuando acabó de oír las razones del hidalgo; y como era un poco socarrón, «por tener de qué reír aquella noche, determinó de seguirle el humor.» No con tanta impunidad como pensaba, sin embargo; pues cuando el hidalgo se puso a velar las armas junto al pozo y tuvo incidentes de lanzadas con los arrieros arremetieron éstos para vengar a los heridos y vióse en aprietos el ventero porque no corriese más sangre y «daba voces que le dejaran, porque ya les había dicho cómo era loco y que por loco se libraría aunque los matase a todos.» Cuantos le ven y le escuchan, después, comprenden que tanta máquina de necedades era movida por demasiada falta de juicio. El mismo Sancho, que en parte a veces se contagiaba de sus oraterías, cuando hubo de ir en embajada a Dulcinea, no pudo menos de reflexionar: «Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo»; reflexión que no es única, porque alguna vez esperanzado en dar con un talego lleno de doblones, dice al escudero del Caballero del Bosque; «y el rato que en esto pienso, se me hacen más fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con ese mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.» Ratifica más tarde este juicio en presencia de la Duquesa: «y lo primero que digo es, que yo tengo a mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, a mí se me ha asentado que es un mentecato.» Pero Sancho no revela mucha firmeza en su apreciación; si a veces afirma, otras duda, y no pocas defiende la cordura de su amo, demostrando creer en ella casi todas las veces que con disparatadas promesas halaga sus esperanzas de aventajamientos materiales.

\*\*

Todos reconocen, por lo común, que su locura es parcial y sistematizada; su lucidez de espíritu asombra en ciertos razonamientos

# SHAW entrevistado por Papini

EL viejo G. B. Shaw me ha recibido pésimamente. « — Usted me cree un *clown*, como todos los imbéciles — me dijo —, y espera, probablemente, vencer su aburrimiento con mis bromas.

«Quiero desilusionarle. Los ingleses y, en general, los ociosos que leen y van al teatro, me toman por un bufón. Soy, sin embargo, por nacimiento y por vocación, el hombre más serio del Reino Unido. Comencé, como sabe, por ser fabiano e ibseniano. Estas dos simpatías son la prueba de un espíritu por excelencia anticómico. Ni en el fabianismo, ni en el ibsenismo hay el más pequeño rastro de «humor».

«El primero se propone transformar los obreros, en dos o tres siglos, en pequeños burgueses; el segundo, tiende a hacer reinar la sinceridad en las relaciones humanas, es decir, hacerlas imposibles. El fabianismo es un socialismo de homeópatas, el ibsenismo una moral de anarquistas. Ni el uno ni el

otro son nada alegres; son dos dramatismos de buena fe, por lo tanto nada agradables.

«Usted puede ver con esto que mi fama de bufón es tan falsa como la del Byron como poeta y la de Shakespeare como dramaturgo. El primero era, un polemista dilatante y el otro un lírico filósofo. No digo eso para compararme a esos dos: admitirá que soy demasiado superior a uno y a otro para que sea posible un paralelo razonable. Compadézco a los hombres, porque ninguno de ellos tiene la fortuna de ser un Bernard Shaw.»

— ¿Pues cómo ha nacido su fama de... humorista?

— « Se lo explicaré en seguida. Yo soy irlandés. Ahora bien, para la hez de Londres, es decir, para aquéllos que compran libros y periódicos, un irlandés debe ser a la fuerza un hambriento o un *clown*. Como no deseaba morir de hambre, elegí el papel de *clown*. Usted sabe que Irlanda es el país que

proporciona a Inglaterra todas sus celebridades : Scoot, Eriugena, Goldsmith, Sheridan, Burke, Eterne, Berkele, Swift, Wellington, Yeats, Thomas Moore, Oscar Wilde, Joco, son irlandeses. Sin los irlandeses, Inglaterra no hubiera sido lo que es Lilliput, no habría vencido a Napoleón.

«Un conde báltico, Késserling, ha dicho que los ingleses se parecen a los animales. Yo soy, para servirle, el espantajo de estos animales. Estos mudos no tienen valor de hablar y yo digo la verdad por ellos. Estos melancólicos no saben reír, y yo debo por lo menos llegar a hacerlos sonreír. Estos masoquistas no saben disfrutar y yo estoy condenado a fustigarlos para darles una pequeña sensación de placer. Sobre estas peculiaridades de los ingleses se funda mi inmerecida fortuna.

«Si Inglaterra fuese un país avanzado en estas materias como en la industria, yo no sería más que un pequeño periodista oscuro

y mal pagado. En Francia hay, al menos, cien Shaw que pasan inadvertidos. Y precisamente por esta razón soy una de las víctimas de la guerra. Después de 1918, la Inglaterra victoriana se ha acabado de morir; los ingleses se han vuelto desprecupados, inmorales, escépticos, cínicos, un poco freudianos, un poco bolcheviques, y ya no hacen caso del escándalo bien presentado. Mi popularidad va, por consiguiente, disminuyendo a ojos vistas. Cuando me hallaba solo para hacer enrojecer a John Bull, los asuntos iban muy bien, pero los tories británicos, desde que se han habituado a todos los tonos del rojo, ya no me tienen miedo, es decir, no se divierten.

«Dentro de poco, si no se produce una reacción puritana, será incluido en las antologías al lado de Oliver Goldsmith y Macaulay. Sería mi ruina. Si los ingleses se ponen a imitarme, no me quedará más remedio que hacerme pastor metodista al servicio de Mrs. Grandy. Pero soy demasiado viejo para recomenzar el aprendizaje de la mentira.»

— ¿Viejo? No lo parece. Su espíritu no tiene todavía veinte años.

— Para un principiante no, está mal. Su ironía envuelta en un cumplido es ingeniosa. Usted me dice amablemente que pienso todavía como un muchacho. No me ofendo. Pero tengo setenta razones para no estar contento de mi edad. El único fastidio de la vida es la muerte. Lo menos que se necesita para la educación de un hombre es un siglo y sería preciso al menos concederle otros dos siglos para que pudiese dar fruto. Pero nos hemos de reducir a Voronoff, que contribuye más a la castidad de los monos que a la inmortalidad de los hombres.

«Todos los cacareos sobre el progreso científico son una desvergonzada charlatanería : hasta que la ciencia no haya suprimido la muerte no habrá hecho nada. ¿Qué me importa volar en media hora de Londres a Nueva York, si después, un día, debo ser arrojado bajo un pedrusco para pudrir?»

La cara de G. B. Shaw se hizo en este momento fosca y agriada. Permaneció un momento pensativo. Luego, volviéndose hacia mí, exclamó con voz rabiosa :

— «¿Posee usted algún secreto para no morir? ¿No? ¡Entonces márchese! No sé qué hacer con un condenado a muerte más. Yo no soy un *clown*, soy el más serio de los hombres : ¡soy el único que no quiere saber nada de esa farsa grotesca de un funeral!»

Y diciendo esto, me volvió la espalda y corrió a esconderse a su «cottage».

Juan Papini

## LA LOCURA DE DON QUIJOTE

y en ningún instante hay desmedro de su personalidad moral. Con razón le observa el cura a Cerdonio : «otra cosa hay en ello; que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonisimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.» Esa causa nos explica las dudas que inquietan a Don Diego de Miranda, el caballero del Verde Gabán, discreto personaje que no se decide a tener por loco a quien tan bello discurso le espeta sobre la poesía, ni por cuerdo a quien imagina ser verdaderas las historias de caballerías; «todo atento a mirar y a notar los hechos y las palabras de Don Quijote pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba a cuerdo», pues como ignoraba la primera parte de su historia no sabía el género de su locura y «ya le tenía por cuerdo, ya por loco; porque lo que habla era concertado, temerario y tonto.» Sólo inclinó su juicio, al fin, la superlativa locura del reto a los leones, que le dejó pasmada y confuso.

No es de sorprender que la ruidosa monomanía de grandezas perturbara al hidalgo en la apreciación de cuanto en torno suyo acontecía o con su locura se relacionaba. Con igual firmeza cree celada de finísimo encaje su media calada de cartón, como tiene a su mal rocín por superior al Bucéfalo de Alejandro y al Babieca del Cid; y cuando encuentra a una señora que va en coche a Sevilla por princesa, la da y por

encantadores a los frailes que la acompañan; y la venta de Palomeque el Zurdo se le imagina castillo; y la princesa que «a furto de sus padres, vendrá a yacer él una buena pieza»; y el agujero del pájaro por donde ella le llama, ventana del castillo, y aun con doradas rejas.

Sus ilusiones son innumerables y no le dan reposo un solo día. En la venta, que juzga castillo, observa su puente levadizo y la honda cava; son graciosas damas, naturalmente, las mujeres del partido. El porquero que toca su cuerno para recoger la piara se le antoja «algún enano que hacía señal de la venida del caballero», y áureo el encantado «yelmo de Mambrino» la bacía de azófar del barbero lugareño. Pero entre todas sus ilusiones los molinos de viento con desaforados gigantes y los rebaños de carneros con ejércitos que iban a reñir batalla, motivando la estrepitosa aventura, tan semejante a la de Ajax — que en un paroxismo de locura degolló un rebaño de carneros vociferando que mataba a Agamenón, a Ulises y a Menelao — según se imagina en la conocida sátira de Horacio.

Tales ilusiones persisten en toda la psicopatía del hidalgo, con más tenacidad que las alucinaciones; éstas abundan al principio, pero a poco se hacen raras, lo que no deja de ser anómalo desde el punto de vista psiquiátrico. No se ha señalado, que sepamos, ese hecho singular, por el cual la monomanía de Don Quijote se convierte a poco andar en lo que hoy se llama : «delirio de interpretación», caracterizado por interpretaciones delirantes no acompañadas de alucinaciones de los sentidos.

Al principio, sin embargo, las alucinaciones abundan. La sobrina cuenta a maese Nicolás «que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus dos noches; al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las heridas que había recibido en las batallas; y bebíase luego un gran jarro de agua fría y quedaba sano y cosegado diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que la había traído el sabio Esquífe, un grande encantador y amigo suyo.» Este acceso maniaco y alucinatorio es análogo al que le acomete mientras el cura y el barbero hacen el escrutinio de los caballerescos libros, pues oyen que Don Quijote clama desde su aposento : «¡Aquí, aquí valerosos caballeros! ¡Aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan la mejor del torneo!»; y al cura que se esfuerza por tranquilizarle explica su demasiada fatiga : «Férido no, pero molido y quebrantado no hay duda de ello porque aquel bastardo de Don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina.» Y son alucinaciones también, aunque del oído, las que en presencia de los rebaños le hacen oír «el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores», mientras el cauteloso Sancho afirma no oír otra cosa que tímidos balidos de ovejas y carneros.

# El humorismo de W. Fernández Flórez

(«EL MALVADO CARABEL»)

«Señor : la caja de caudales de la sociedad de seguros «La Precaución» está al pie de uno de los derrumbaderos de los Siete Picos, a la orilla del río, próxima a la choza llamada de los Alemanes... Si usted es un hombre justo, señor director, felicite al fabricante de esa caja... Me ha perjudicado, me ha hecho sufrir, creo poder afirmar que acabó de arruinarme; pero le admiro. La abandono porque el empeño de abrirla, que hasta ahora no fué más que obsesión, amenaza convertirse en locura. La última vez ya no empleé con ella el fuego y el hierro : la última vez me puse de rodillas para rogarle... ¡Que se la lleven, que se la lleven!»

Esta carta, firmada por X, es obra de Carabel. Cuando supo éste por los periódicos que la caja contenía doscientas cincuenta mil pesetas, exclama lleno de rabia : «¡Bandidos! ¿Quién tiene el dinero? ¿Os habéis aprovechado de mi trabajo para hacer un bonito negocio, miserables! ¡Y no poder denunciarlos!» (221). Lo cierto es que la caja, aunque los propietarios cobran no pocas pesetas, sólo contenía algunas cartas amorosas del cajero, allí guardadas para evitar que cayesen en manos de su mujer.

¡Pobre Carabel! Este malvado sujeto, al encontrar más tarde una cartera repleta de billetes de banco, no descansará hasta devolverla a su legítimo dueño (244 y siguientes).

Mientras tanto, la tía de Carabel, se ha comprado un libro de magnetismo e inicia sus trabajos tomando el gato como sujeto de sus experiencias.

Cuando se cree ducha en hipnotismo, va a ver a los banqueros Aznar y Bofarull y, una vez en presencia de ambos, se dice : «Esta es la ocasión; hay que anegarlos en fluido.» Concentraba la vista entre los dos ojos de Aznar. Así la lente concentra los rayos del sol en un solo punto para producir la quemadura : Era tal la insistencia que Aznar la advirtió. Caviló entonces :

— Debo de tener manchado el entrecejo (236).

Después de una escena, que no deja de tener gracia, se decide la vieja a pedir la vuelta de Carabel a la Banca. Se le concede, pero como Aznar está dispuesto a pagarle mucho menos que antes, su socio le dice : «Bien, querido Aznar, no le rebajes más de cinco duros» (238). A esto se le llama aprovecharse.

En suma, Carabel, aunque rebajado en cuanto al sueldo, vuelve a la Banca y sigue siendo persona decente. Su tía, que cree que tal cosa ha sucedido gracias a su influencia extralúcida, tiene miedo de sí misma y ofreció, por si acaso hubiese en todo aquello algo de brujería, llevar unas velas a la Virgen de la Paloma» (238).

He aquí resumida la novela; resúmen al que pudiera añadirse el casamiento del escéptico policía Ginesta con la pobre Germana y la reconciliación de Carabel con

**E**STE contratiempo, este nuevo fracaso, no arredra a Carabel, que se decide a robar un Banco. Compra distintos instrumentos, se aleja de todos para entrenarse y, cuando cree que todo está en orden, penetra en un Banco y trata de abrir una caja de caudales, sita en los locales de la sociedad «La Precaución».

Después de vanos esfuerzos, no logra abrirla y acaba por tirarla por la ventana a un solar próximo. Más tarde, vuelve con una carretilla y se la lleva. No consigue abrirla ni con dinamita. Ni siquiera una locomotora que tropieza con ella y la lanza por un terraplén, acierta a destriparla. Carabel renuncia al fin a la caja de caudales y, un buen día, el director general de Seguridad, recibe la carta siguiente:

por J. Chicharro de León

su novia, que no quiere saber nada de los protésicos.

Veamos ahora, con toda brevedad, algunos temas que se desprenden del libro de Fernández Flórez.

## II. — SIGNIFICACION DE ALGUNOS NOMBRES

He creído ver en algunos nombres, no sé si por costumbre, un sentido esotérico. Henos aquí ante el protagonista de la novela. Se llama, como queda dicho, AMARO CARABEL. Sabemos que «amaro» significa «amargo» y, en efecto, si no estoy en error, el nombre corresponde con exactitud matemática al personaje.

Uno de los animadores de la novela de Pérez de Ayala, «Belarmino y Apolonio», se llama «Amaranto». Me pregunto si es preciso establecer una analogía entre ambas obras o si todo es fruto de la casualidad.

El nombre propio «amaro», que es verdadero adjetivo, no es otra cosa, a mi parecer, que una calificación muy propia, que le va como anillo al dedo, al término «Carabel», especie de barca falta de dirección, que el viento y las olas zarandeán, hasta que logra llegar, por la fuerza del destino, al puerto antiguo.

Notemos que el autor llama a su novela «El malvado Carabel» y, al hacerlo, pone no poco humor en la denominación. Se trata de una inversión de valores. Al decir *malvado*, pone en evidencia, precisamente, la bondad innata del personaje.

Carabel, rebelde en pensamiento, fracasado en la realidad, tiene no pocas concomitancias con Fernández Flórez. En efecto, las diatribas de nuestro héroe contra la sociedad, no pasan de ser simples desahogos retóricos, frases en el aire. Sin embargo, Carabel no se toma en serio a sí mismo. De haberlo hecho, hubiera podido convertirse en jefe revolucionario o capitán de banda y arrastrar a otros tras sí y luego hundirlos en la ruina al fracasar él mismo y su sistema. Carabel obra solo. Es un

individualista, como su creador, pese al medio en que siempre ha vivido.

Las críticas de Carabel, de la sociedad, no tienen trascendencia ni pretenden cambiar el orden establecido. Creo que esas palabras, escritas por Baroja, hubieran tenido más efecto y se hubiesen tomado más en serio. Al escribirlas Fernández Flórez, por la fuerza de las cosas, si no por la voluntad explícita del autor, se convierten en elemento humorístico : el elemento humorístico serio imprescindible para crear el contraste que apeetece el novelista en cada caso al observar la vida real.

La tía de Amaro se llama «Alodia», nombre gracioso aplicado a la vejezuela, pues tiene parentesco próximo con «alondra» y no se nos dice que fuese cantora. Sin embargo, la imaginamos bien : menudita, pizpireta, en continua tensión nerviosa, siempre dispuesta a hacer algo, aunque sea cortarles las orejas al gato.

El subdirector de la Banca se llama «Cardoso» y, en verdad, es áspero como un cardo. Cuando Carabel le cuenta a su tía el despido y la habla de Cardoso, que gana mil pesetas mensuales, ésta dice : «Debe ser un hombre excelente». Carabel le responde con exaltación : «Es un tirano execrable» (25). ¡Buen retrato!

Los demás personajes, si se exceptúa Germana, que es una hermana para todos, no ofrecen interés particular esotérico.

## III. — SATIRA SOCIAL : a) Apología ficticia del robo.

He dicho ya, aunque sin gran convicción, que existen algunos pasajes que quieren ser una sátira social y, en realidad, lo son. Hay uno sobre todo, que es típico. Podría considerarse, si no fuese Fernández Flórez su autor, como una apología del robo organizado contra los banqueros explotadores. Un empleado de la Banca Aznar y Bofarull, llamado Cayuela, ca-

jero por más señas, les roba con creces desde hace tiempo el aumento de sueldo que ellos se niegan a otorgarle.

Al comparecer ante los patronos cuando se descubre el fraude, como ambos le reprochan lo indigno de su conducta, Cayuela, sin perder la sangre fría, les responde :

«Lo pensé todo, pero era eso lo que únicamente podía hacer. Si pudiese esos treinta duros, ustedes no me los darian; tampoco podía trabajar más, ni encontrar otro cargo mejor retribuido... Lo pensé mucho... Sería capaz de pasar hambre y no rogaría... Pero era la vida de mi madre... Estaba enferma y se obstinaba en seguir trabajando, porque sabía que aquel dinero era preciso... Anticipaba su muerte... Entonces yo le dije : «He ascendido; gano ciento cincuenta pesetas más; ya puedes dejar tu labor, que bien mereces el descanso.» Ella les bendijo a ustedes y quería venir a darles las gracias.» (223).

Es curioso observar que el efecto humorístico de este pasaje, como el de otros que he señalado ya, se disuelve en un como sentimiento triste, que deja un regusto de amargor en el lector que, en su fuero interno, justifica al empleado ladrón. No se sienten ganas de exclamar : «¡Bravo, Cayuela!»; aunque sabemos que el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón, sino que experimentamos cierta compasión simpática no exenta de amargura, sin llegar, ni con mucho, a conmovernos.

Fernández Flórez conoce bien a su público. Sabe bien que sus lectores son pequeños burgueses, conservadores por instinto más bien que por convicción bien definida.

No, las palabras de nuestro autor no logran conmovernos, ni siquiera cuando oímos a Carabel exclamar : La moral social es una invención de los que se sienten felices para evitar que les arrebatemos una parte de su ventura.» (109 Cf. *Ibidem*).

Lo mismo sucede cuando le oímos hablar de civilización. Las invenciones modernas son numerosas; sin embargo, cuando se es pobre y se tiene hambre, todo eso es nada. No hay invención capaz de aliviar la angustia del hombre que se dice : «Tengo hambre y no puedo aplacarla; cuando amanezca el nuevo día me mataré.» (112)

El autor español pone en boca de Carabel expresiones duras, pero está convencido de que sus dichos no tendrán alcance alguno y que sus lectores reirán al leer la novela al calor de la lumbre, después de haber comido y bebido más de lo necesario.

No veo en las palabras de Fernández Flórez verdadera pasión,



# El humorismo de W. Fernández Flórez («El Malvado Carabel»)

nacida de convicción íntima, sino ejercicios malabares de mentalidad ágil que quiere ridiculizar al adversario al hablar de él con seriedad fingida.

## b) Fracaso de una educación.

Cada ser, como dijimos antes, es víctima de su destino. Es inútil querer transformar el hierro en brillantes perlas. Sabemos que nuestro Unamuno, en «Amor y Pedagogía», se levanta contra la pedagogía misma en nombre de la libertad individual y nos prueba, de modo cierto, que cuando engendramos una mediocridad, es intento vano pretender convertirla en genio.

La idea de Unamuno, aunque con menos profundidad de concepto, sale a luz en Fernández Flórez. En efecto, Carabel, al morir una vecina, siente piedad hacia un chiquillo que le queda y lo adopta.

Nuestro héroe, que quiere hacer del muchacho un pediguño, comienza pronto su educación. Sale con él de paseo y no cesa de darle consejos que nos traen a la memoria aquellos diálogos famosos entre el pícaro Lazarillo y el ciego no menos pícaro que él.

«¿Ves esa muchedumbre? —dice Carabel—. A ti te parece que marcha por el plano de la calle... Pero no es así. Los hombres andan siempre encima de los hombres, y cada cual quiere trepar sobre algún otro. La humanidad, son muchos montones, y hay que subir por ellos clavando las manos y los pies en la carne de los demás. Si no lo haces así, te quedas debajo y te aplastan» (122).

En otra ocasión, al pasar ante una librería, le hace no pocas reflexiones sobre libros y aconseja al muchacho que huya de ellos como de la peste y concluye: «Aprende, como yo hice, algunos tratados de matemáticas, y en seguida aparece un caballero que te dice: ¿Pero usted sabe matemáticas? ¡Qué felicidad! venga usted a mi casa, le daré doscientas pesetas mensuales a cambio de toda su vida, para que agonice honorablemente» (123).

Es posible que Fernández Flórez, cuya cultura deja no poco que desear, sienta horror de los libros. Tengo para mí que si sus conocimientos hubieran sido más amplios y densos, su obra hubiera tenido mayor alcance y su agudeza natural no hubiera perdido nada con ello, pues que no carece de condiciones de escritor.

Cuando juzga Carabel que la educación de su alumno está terminada, quiere ponerlo a prueba. En efecto, se lo lleva hasta la calle del Arenal y lo deja solo en una esquina para que pida limosna. El lo vigila de lejos. Como ve que nadie da nada, se va a casa, le pide a su tía la última peseta que les queda, vuelve a la calle y, al pasar delante de Cami, su protegido, se alza el embozo de la capa para que el pequeño no lo

reconozca y deja caer la peseta en la gorrilla del muchacho. Hecho esto, se va de nuevo satisfecho de sí mismo, pues cree que este acto impulsará a los demás, por celos, a hacer lo mismo que él.

Por la noche, cuando vuelve el muchacho y le piden el producto de su trabajo, resulta que no le queda ni siquiera la peseta que le diera Carabel, quien descubre, con amargura, que el arrapiezo se la ha gastado en merengues. Carabel, convencido de que con los merengues del crío se ha evaporado la cena, se despide de su tía con mal humor y le dice: ¡Ea, buenas noches, tía! Espero que duerma usted mejor de lo que ha cenado (133).

Trátase pura y simplemente del fracaso de una educación o, si se quiere, de la victoria de la naturaleza del individuo sobre las influencias ajenas. El crío Cami no había nacido para ser pediguño. Más tarde, al querer convertirlo en mecánico, sucederá algo análogo. Un buen día, entre los papeletes del muchacho, se descubrirá uno que dice así:

Las estrellas encienden sus cigarrillos.

Las cucarachas de los autos corren ahora me-  
jor  
por esas calles libres de chiquillos.

Carabel, desconcertado, exclama: ¡Tía Alodia, hemos acogido a un poeta de vanguardia! (254).

Fernández Flórez, impermeable a toda corriente moderna, no podía acabar su obra sin lanzar una puntada contra los poetas vanguardistas.

## c) Los abogados y demás gente de justicia

Hemos visto que los protésicos no son del agrado de Fernández Flórez. Lo son aún menos los abogados palabreros y demás ministriles de la justicia humana.

Un abogado, llamado Andrés, trata de abusar de la pobre Germana. La intervención del policía Ginesta y de la tía de Carabel, que estaban siempre jugando juntos a las cartas, evita males mayores. Germana denuncia a su agresor.

El empleado que la recibe, quiere captarse la simpatía de la joven, que es bonita y, si es posible, aprovecharse de su orfandad. Como ella le dice que no tiene dinero para pagar y evitar de este modo que se le dé carpetazo a su asunto, el funcionario le dice: «Pero usted tiene algo que vale más. Yo estaré a su cuidado... Usted es una muchacha muy simpática... Si no le parece mal, podemos vernos, y yo le diré cómo hay que llevar esta cuestión.

El hombre del junco le habla casi al oído, envolviéndola en su aliento tabacoso.

Germana se separó : No; gracias.

—Piénselo. Le conviene. Usted sabrá lo que hace. Le conviene.» (206).

Nada tiene de extraño que, al encontrar después a Ginesta, quien le dice que «la justicia la amparará», le diga ella:

«¿Cree usted en la justicia?» (207).

El escepticismo de la muchacha en la justicia y en los abogados liosos crecerá más tarde al verse en presencia del gran defensor forense don Gustavo Saldaña, especialista del lloro y capaz de hacer llorar al propio Judas Iscariote, cuando, en plena audiencia, ante numeroso auditorio, en vez de hablar del reo, se ponía a hablar con voz hiposa, plena de lágrimas, sobre la pobre madre del acusado. Era un procedimiento que no fallaba nunca.

Este buen señor llama a Germana y le dice: «Don Andrés tiene una posición, es un abogado en ejercicio... Don Andrés, joven, tiene una madre... Cierta es que esta madre está allá arriba... Pero su mirada no se puede separar de su hijo. ¿Y qué verá ahora la mujer amantísima? Verá, sí, al hijo de sus entrañas sonrojándose bajo el peso de una acusación que le presenta como un hombre ruin, incapaz de dominar sus impulsos... Colmado de amargura, el corazón de la santa mujer...»

El abogado sigue en este tono largo tiempo y, de repente, se vuelve hacia Germana y le dice: ¡Perdónalo, mujer! ¡Así Dios nos perdona a nosotros!

—Sí, sí, —hipó Germana— ¡Pero sí yo le perdono!

—Saldaña, aún conmovido, se quitó el birrete:

—Gracias, gracias, en nombre de su madre.» (214-215).

La escena no carece de humor. La hipocresía habitual del uno contrasta con la buena fe de la otra. Notemos, de paso, cómo las situaciones cómicas tienen siempre un fin trágico y sentimental, que parece ser el elemento inseparable en ese dualismo que maneja el autor de «El Malvado Carabel».

Con este apartado, doy fin a mis notas sobre los temas más interesantes que plantea la novela de Fernández Flórez.

Es verdad que podría decirse algo, no exento de buen humor, a propósito de los mendigos y de su valor social, así como también sobre los robos de chiquillos que han llenado tantas páginas de literatura huera en Francia y en España.

Hagamos punto final, es decir, pasemos a las conclusiones generales.

## CONCLUSIONES

a) Fernández Flórez, que es observador agudo, no hace nunca el retrato de sus personajes, sino que los define y, si llegamos a imagi-

narnoslos, no es por voluntad explícita del autor. Conocemos sus inclinaciones, pero ignoramos su aspecto físico.

b) No hay ideas nuevas en el libro estudiado. Los ladrones, mendigos, hampones, abogados, funcionarios de justicia y demás gente que desfila por las páginas de la novela, donde no se estudia el ambiente de Madrid, son tipos que salen a relucir ya en Quevedo, que los estudia con más saña, es cierto, pero con más profundidad de concepto. Baroja ha pintado mejor que W. F. F. esos mismos tipos.

c) El novelista halaga la vanidad, la sensibilidad y pensamiento de los burgueses de vía estrecha. Por ello, aunque sus dichos parecen gritos de rebelión en algún caso contra la sociedad, no tienen verdadera trascendencia. Los personajes carecen de convicción íntima, lo mismo que el autor.

d) Fernández Flórez dice que el humorista no busca el chiste. Sin embargo, sus divagaciones sobre el mendigo que se compró una emisora de radio, así como también el robo del gato, tienden a excitar la risa. El primero de los episodios que cito, toca la frontera de la astracanada, a la manera del superficial Muñoz Seca.

e) Nuestro novelista, con habilidad extrema, mezcla los elementos cómicos y sentimentales, lo que contribuye a hacerle lograr el afecto que apetece. Creo, no obstante, que la malicia es superior; en la mayoría de los casos a la bondad.

f) Fernández Flórez no consigue conmover ni siquiera en los momentos más patéticos. Falta en sus dichos pasión, fuego interior. Sus personajes son verdaderas marionetas en manos del autor.

g) En suma, nuestro novelista (s humorista sin regateos y «El Malvado Carabel», pese a todo, es rico en escenas de humor indiscutible y, con «un poco más de ternura y de realidad suficiente en los personajes, hubiera sido una excelente novela humorística» (Torrente Ballester, *Lit. esp.*, 298).

## ESTE NUMERO DE SUPLEMENTO

Contiene originales de: José URIEL GARCIA, Antenor ORREGO, F. FERRANDIZ ALBORZ, José INGENIEROS, Juan PAPINI, J. CHICHARRO DE LEON, J. COLL DE GUSSEM, Domingo IGLESIAS, Luis CERNUDA, Manuel PACHECO, Elena MARTIN VIVALDI, Alfonso CAMIN, PUYOL, Santiago RUSINOL, Georges PAUL VILLA, Benito MILLA, Luis DI FILIPPO y Gabriel TRILLAS.

# RELATO DE AÑO NUEVO



**V**AMOS, abuelo, despeguemos. Me aburre tanto juguete, me da jaqueca tanta hojalata exigente de buenos pagos. Además alientas la lámina cristallera y eso enoja al jefe de ventas, que te espía del interior entre chritsmas y cintajos.

—Por tus ocho años dices con exceso, Josito. Deberías decir menos.

—Menos diría, pero el hambre que nos dan enseña, viejo mío.

—De haber nacido rico, te daría de todo esto.

—No lo quisiera, ¿crees? Me envenena el hedor a pintura, me carga el tramperío de los jugueteros. Me dieras un cochecito de celuloide de esos de tres pesetas, y luego exigiría otro de acero, del que pagarías quinientos duros. ¿Y total? Para darle envidia al niño del rellano, como pretende darla el bobito del entresuelo. ¿Vés la exigencia? Es larga, interminable. Uno ambiciona lo de otro y nadie es feliz en la tierra. Vamos, abuelo, sigamos; no haya de tirarte de la manga. Nadie nos apresura, no tenemos donde llegar, pero no es lógico estar siempre en el mismo sitio. Vistiendo mal los agentes nos clavan sus miradas desgarrando un poco más nuestros andrajos. Para ti y para mí, no detendrán un segundo el tránsito de autos; no llevamos coche envuelto con papel de quinientos duros.

—Nadie nos espera, hijo, nadie hierve una sopa anhelando nuestra llegada.

—¿Y qué? El carbón está caro y los caldos nabosean, tan sólo. Y la peseta, pobre, anda encorvada. Lo dicen. ¡Desgraciada peseta! Nosotros ¿la necesitamos? Di, abuelo, para qué necesitamos la peseta. Un cacho de pan ya es otra cosa, y lo tenemos. Vés, si yo encontrara dinero no lo devolvería a su dueño. Poco debe necesitar cien duros quien se tome el lujo de perderlos. No iríamos no al «Pata de Tocino», sino al bazar para comprar un juguete, el tuyo, que no esperas y necesitas: una guitarra; sí, abuelo, una guitarra

para acompañar tus canciones de aldea que la gente de paso, alguna, traduciría en dinero. Y ello resultaría digno, ¿comprendes?, porque sería un trabajo, no de ópera, pero de opereta, sin telón de fondo como esta calle que nunca se termina ni hay necesidad de ello. Cansando, se abandona a la primera esquina y en paz. ¿No reparas que todas las calles huelen a hambre y a soledad de multitudes? Todos tenemos cara, y ojos que miran desde ella, sin inteligencia tal vez, o con demasiada cosa de ésta. Al acomodado le disgustamos no por nuestros harapos, sino por lo haraposo que podría resultar un día. Al pobre que aún dispone de agujero para ocultar su angustia, se le puede ocurrir darnos un dinero como para dárselo a sí mismo. ¡Curiosa vida! Tú, pronto te irás de este mundo mientras yo entro en él por la puerta falsa, sin cédula de honestidad, por debajo de la ley que rige. No tengo madre y tú, expirando, me dejarás nuevamente huérfano. La gente dirá «pobre niño» y me recogerá un guardia. Y me darán disciplina, y seré presidiario con uniforme y todo. Antes de delinquir pagaré delito.

por J. COLL de GUSSEM

Ansioso de una salida, me arrojaré por una ventana y caeré de pies a la calle. Entonces los guardias serán dos y estarán en derecho de esposarme.

—Calla, hijo; me torturas. Calla por tu santa madre, que fué mujer hermosa en la tierra.

—También yo sería hermoso aseado, alimentado y saliendo de sastrería. Sin embargo, mendigo y todo, soy hijo de la misma madre, de la mujer más bella de cuanta mujer es y ha sido. ¿Lloras? Vamos, abuelo, aguanta las lágrimas, reténlas, que la hora es fría y no conviene perder calorías. ¿No te das cuenta? Lloran los niños y yo no lo hago. Tengo comprensión de nuestro estado y me comprimo. Hay que tener serenidad en el frente de la vida, como al marcharse de ella. Si al morir te dan tierra seca habrás de humedecerla con el líquido que te quede. De él pueden resultar dos flores que yo vendré a besar: en una a ti, en la otra a mi madre. Vamos, no llores, y aligera, que los vehículos de hoy son veloces y atropellan. ¿Vés? Este que chirría iba a chocarnos, pero ha embriado ruedas. El hombre nos maldice, pero no ha querido matarnos. Tal vez le acaban de limpiar el coche y ha temido ensuciarlo; o quizás le retrasamos la llegada a ninguna parte. El con velocidad y nosotros con pausa, no vemos reencontrarnos en el fin del mundo.

—Sentémonos, hijo, aquí, en el

petril del puente. Un puente es para que el viandante pase y el errabundo se aloje. Cuando hayamos descansado un momento nos protegeremos debajo de su zancada. Por noche primera del año no habremos viento, y contra el frío callado, puñalero, nos acurrucaremos, nos acercaremos para calentarnos con brasas de corazón. Un pedazo de pan queda, niño, pero será el de mañana, por si mañana no lo hubiere. Tú eres de gran entendimiento y comprendes a media palabra, mi niño. Y así, ligerito, tomarás pronto sueño, alado como no pueden alcanzarlo los niños bien cebados, apocilgados, entontecidos. Seguro, el ensueño te relacionará con el Padre Noel verdadero, no con la comparación para retratos al minuto en la plaza o en el bazar de todo un poco.

—No quiero, abuelo, soñar noelías; es cosa de viejos, cual la barba de tu celeste juguetero. Ni a los peques de palacio, Noel les regala algo, ni a los merodeadores de ciudad les ofrece sucio landó con el que arrastrar más penas que pobres efectos. Antes me hablabas de tres reyes y una estrella; ahora te ocupas de un Padre

méritos para llegar a muerto, y su madre se lo mira ajena al llanto atroz que la espera. A veces nos complacemos en sonreírle a la Parca, estúpidamente. Yo con una inofensiva pajarita de papel me lo paso, y hago que vuele porque le pongo alas de ilusión. Tú que también has tenido ocho años, debes saberlo: es la ilusión lo que hace el juguete, no la fábrica. Tú lo dijiste alguna vez: Cuando Gaspar, Melchor y Baltasar os olvidaban, los arrapiezos de tu época construís de todo, incluso estrellas. Un barquichuelo de papel os columpiaba por mares inexistentes y la pajarita de diario os permitía cabalgar cometa de tránsito para el reino de la fantasía. La luna, sonriente o ceñuda, a mí parece hablarme de esas cosas, que yo entiendo porque no me desenvuelvo entre besos, sábanas y chocolates humeantes. Yo comprendo los astros a mi manera, mejor que los sabios necesitados de telescopios, no por cortedad de vista, sino por modorra casera. ¡Qué universidad la de la intemperie, abuelo!

«Pero tú no escuchas; tú soñolientas, y yo te sacudo con angustia para que no duermas el último sueño. Vamos, viejito, vamos; andando. Hay almas en pena que vagan por la orilla, lo sé; sombras de espanto para gente que no somos. Nada como la miseria para ahuyentar ladrones. Vayamos, abuelo, dormiremos mañana. Tal vez encontraremos sol y lecho de cañas. Andemos, lo necesito. ¡Si me durmiera! Soñaría al padre Noel yo, que no lo estimo; yo, que no quiero ser bobo; yo, y tú, que sólo podemos tomar automóvil por las ruedas. ¡Abuelito!, vayamos despacio, pero sin pararnos. Dormir es morir, y yo te necesito. No quiero ser dos veces huérfano. ¡Yo te necesito, mi viejito!

«A ti, que no eres Noel ni traes juguetes, pero que eres mi padre viviente y un vestigio de mi madre, la única, la que no tengo...»



# La Poesía



## LA HIGUERA

Alamos de la ribera,  
lanzas de la cachonera  
de la chopera gentil,  
compañeras de la higuera  
la del prado juvenil,  
¿sabéis si la Primavera  
pasó por esta pradera  
en estos días de abril,  
mansa como una cordera,  
sembrando flores y añil?  
Y me respondió la higuera :  
— Por aquí pasó sembrando,  
como si fuesen rocío,  
las flores que vas hollando ;  
luego se alejó cantando  
por las orillas del río  
y yo quedé suspirando.  
—¿Por qué suspiras, higuera?  
Saber la causa quisiera  
origen de tus dolores,  
que si te afligen amores  
y tu congoja es sincera,  
yo diré a los ruiñeños  
que anidan en la sarguera  
que te canten sus amores.  
Y otra vez dijo la higuera :  
— No me acongojan amores,  
que suspiro por las flores  
que la hermosa Primavera  
sembró por valles y alcores,  
sin que a mi fronda le riera  
ninguno de los primores  
que bordó por la pradera  
con hilos de mil colores.  
Mira mi oscuro follaje  
y el retorcido ramaje  
con contera de correa  
que me sirven de ropaje,  
sin un matiz ni un celaje  
en esta copa tan fea  
En cambio, mira los guindos  
y los finos tamarindos,  
el cerezo y los manzanos  
con sus ropajes tan lindos,  
siempre vistosos y ufanos.  
Yo soy como la doncella  
bien vestida y bien peinada  
que de lejos es muy bella,  
pero que al mirarse en ella  
vemos su cara arrugada.  
Si ves a la Primavera,  
dile que viste a la higuera  
suspirando por las flores,  
y que aguardo sin rencores  
que cuando pase a mi vera  
me dará los resplandores,  
los matices y colores  
que sembró por la ribera.  
— Hermosa higuera, le dije:  
Si la causa que te aflige  
es porque no tienes flores,  
yo diré con mil amores  
a la gentil Primavera  
que te colme de favores  
al hacer la sementera,  
y te cubra de colores  
en la estación venidera.  
Pero, ¿no ves esa rosa  
que solloza y que suspira?  
Sin duda que está celosa  
porque en tu fronda se mira  
y la encuentra tan hermosa.  
Arreglaremos las cosas,  
mis amadas envidiosas,  
las celosas descontentas.  
Veamos : corto la rosa...  
y en esta rama frondosa  
cuyas hojas opulentas  
me dan su sombra amorosa...  
cuelgo el tallo con su rosa,  
y así quedaréis contentas.

Domingo Iglesias

## DONDE HABITE EL OLVIDO

No es el amor quien muere,  
Somos nosotros mismos.  
Inocencia primera  
Abolida en deseo,  
Olvido de sí mismo en otro olvido,  
Kamas entrelazadas,  
¿Por qué vivir si desaparecéis un día?

Sólo vive quien mira  
Siempre ante sí los ojos de su aurora,  
Sólo vive quien besa  
Aquel cuerpo de ángel que el amor levantara

Fantasmas de la pena,  
A lo lejos, los otros,  
Los que ese amor perdieron,  
Como un recuerdo ensueños,  
Recorriendo las tumbas  
Otro vacío estrechan.

Por allá van y gimen,  
Muertos en pie, vida tras de la piedra,  
Golpeando la impotencia,  
Arañando la sombra  
Con inútil ternura.

No, no es el amor quien muere.

Luis Cernuda

## LLUEVO

Soy como el humo  
y me convierto en nube  
y el aire de la realidad  
me aplasta contra el suelo  
y lluevo  
quiero llover y lluevo sobre la tierra  
lluevo sobre los campos del asfalto  
sembrados de plantas humanas  
lluevo sobre los ojos de las muertas  
que no gozaron las alcobas blancas  
lluevo sobre los labios de las novias  
y sobre el llanto de las madres  
lluevo caballitos azules  
sobre las manos de los niños  
y chopos de esperanzas como pájaros  
sobre la barro podrido de las guerras.  
Soy un árbol de lluvia  
en la infancia del mundo.

Manuel Pacheco

## VELETA

A Federico

Gallo al aire más alto : Sublevado  
corazón de la torre y su tormento.  
Donde acaba la tierra crece el viento,  
gira y busca su cuerpo deseado.

Gallo al aire. Raíces. Sufrimiento.  
Cielo abierto tan cerca y clausurado.  
¿Quién alcanza su vuelo naufragado  
a la orilla de un ala sin sustento?

¡Qué imposible su furia desafía  
nubes, aves y gritos que volando  
multiplican su pena por su vuelo!

¡Cómo vuela la tarde! ¡Qué alegría!  
Gallo al aire más libre, aquí, girando,  
cuando tiene al alcance tanto cielo.

Elena Martín Vivaldi

## ANDAR

Quizás estoy cansado, buen amigo;  
pero, al revés de los demás, me siento  
cansado por la falta de camino.

Estoy cansado de las mismas voces,  
las mismas tonterías en la Prensa  
y las campanas con los mismos bronces.

De verbo todo parigual, plebeyo;  
aquí cemento y hierro, allá bencina,  
abajo y en lo azul cemento y hierro.

El pájaro en la jaula, el agua en llaves,  
y yo nací para mover molinos  
y ser torrente y atronar los valles.

Se cansa el cielo de alumbrar el fango.  
Se cansa el pez sin agua en la piscina  
y no se cansa por el mar a nado.

La vela que se ve quieta en el puerto,  
vuelve a vivir, completamente moza,  
si sale al mar y se despliega al viento.

Igual sucede con la espada aguda,  
acero deslumbrante en la contienda  
y herrumbe y floripondio en la espelunca.

Quizás, quizás estoy cansado, amigo;  
pero, al revés de los demás, me siento  
cansado por la falta de camino.

Alfonso Camín





## La Escena

### Racha de novedades

**E**MPECEMOS, como de costumbre, por Madrid, donde en el Infanta Isabel se nos sirve «Melocotón en almíbar». Título arbitrario — una de las arbitrariedades de Miguel Mihura — por tratarse de un asunto detectivesco con invitación a la risa más o menos justificada. Una monja — encarada por Isabelita Garcés — cae como llovida del cielo en una habitación infestada de aventureros no desdenosos del atraco a pesar de sus finuras de trato. La religiosa se transforma en detective, y de situación tan cómica como absurda, se desprende el resultado de humor buscado por el libretista.

En el Eslava, sede transitoria del Teatro de Cámara, ha pasado «Medea», pieza literaria de Jean Anouilh escenificada por Lafleur. La tesis, algo profunda, tiende a demostrar que la vida no tiene escollo, que es una sucesión constante siempre originaria de la misma fuente. En esta «Medea» se dice en moderno lo que más o menos se dijo en griego clásico, observándose la curiosa circunstancia de un público que en 1958 reacciona parecidamente al de 400 años antes de nuestra Era. No achacamos a Anouilh la tendencia discursiva de Eurípides, sino una identidad de propósito.

«Su Excelencia la Embajadora», metida en el soberbio cuerpo de Celia Gámez, ha hecho su aparición en escenario madrileño obteniendo un rotundo éxito de animada frivolidad. El argumento, hilvanado en comandita por Jesús María Arozamena y Arturo Rígel, existe mínimamente, aunque da motivo a que la Gámez luzca sus dones esculturales y picarescos bajo un aleteo musical del prolífico Francis López (o Lopés, ya que no quiere llamarse Francisco). En suma, se trata de un espectáculo bullicioso propio para hacer olvidar — por tres horas — enojos familiares o económicos, a Franco, a la Virgen de Fátima, a March, a Kruschew y la guerra que se avcina.

En el Recoletos hemos tratado de saber si «Hay alguien detrás de la puerta». Estaba, efectivamente, Alfonso Paso, destajista de la comedia, cuya producción intensiva por sí sola es suficiente para alcanzarle fama. En «Hay alguien detrás de la puerta» (señalamos aquí a Mary Carrillo y a Guillermo Marín), lo que más sobresale es un enredo de la materia prima para conseguir tres actos bien estructurados, o dispuestos de manera que no fatiguen al respetable. Los contrastes de situación se suceden para determinar estados de emoción, de sorpresa y de hi-

laridad en esa masa moviente y sin rostro que es el público.

Roberto Usigli, autor mejicano, ha tenido buena acogida en el escena matritense con «El gesticulador», relato entre irónico y dramático destinado a poner en evidencia al tipo fanfarrón, ruin, narcisista, situándolo ante la conciencia de las personas equilibradas en su condición de rémora, de planta malsana. La expresión literaria empleada por Usigli, convincente; el primer acto quizás demasiado comprimido. Con referencia al conjunto — y en él comprendemos a Gabriela Boza, Felisa García Barrientos, Ricardo Merino y José Sacristán, entre otros — cedemos al fallo del aplauso público, con el que señaló su comprensión de la obra.

«Un soñador para un pueblo» es la última obra de Antonio Buero Vallejo estrenada en la nochebuena en el Español. Tema histórico presentando al rey Carlos III en persona culta y emprendedora en contraste con su ministro Esquilache, cuyos desaciertos motivaron el célebre motín madrileño. La obra está perfectamente vertebrada y el desarrollo tiene ráfagas de buen acierto. La versión libre de un episodio histórico, como adjetiva el autor su libro, es, en realidad, una interpretación honrada en cuanto a figuras de la época. Referente al espíritu del drama cada cual lo ve a su guisa, no siendo los menos que lo consideran una suerte de evasión del presente, utilizando uno de los personajes más interesantes de la historia moral de España. «Capitán de cuadrilla» para la interpretación de «Un soñador para un pueblo»: el imprescindible Tamayo.

En el Romea de Barcelona estuvo el espectáculo de Marionetas de Podrecca. Algo maravilloso que en París ya habéis visto. Con sus 2.000 personajes, jillos de ficción Podrecca barre totalmente del Tablado de Maese Pedro la monigotería tradicional para instaurar suntuo-



## La Pantalla

### Cabos sueltos

**E**N cuanto a cine toda nuestra atención permanece fija a la producción en lengua española, por ahora ausente de los programas pantalleros franceses. Las realizaciones españolas del momento, escasas y anodinas, aguantan difícilmente en el lienzo patrio, y sería pretensión absurda intentar hacerlas traspasar la frontera con su magro bagaje artístico: el cine argentino parece no existir en potencia tras el esfuerzo más o menos biográfico referente al músico Albéniz, y la producción mejicana, tan acertada, se mantiene en su cuna americana diluidos en la pantalla mundial sus cometas Armandáriz, Cantinflas, María Félix...

De Barcelona nuestro correspondiente nos da los siguientes datos correspondientes al ejercicio cinematográfico del año 1958 recientemente terminado: «Hubo aquí estreno de 63 películas españolas y 221 extranjeras. De todas ellas la que ha alcanzado más tiempo en cartel ha sido «La Violetera», con 181 días de proyección. A esta película autóctona le siguen «Las de Caín», «Pasión en el mar» y «Aquellos tiempos del cuplé», con 28, 24 y 24 días respectivamente. De las películas extranjeras las que han logrado mayor número de días de proyección han sido «Las noches de Cibiria», con 135 días; «Rififi», con 95; «Sayorana», con 53, y «Un rey en Nueva York», con 52.

\*\*

El cine español anuncia que va a echar una cana al aire. Va a copiar, por primera vez, las furias de derroche tan comunes en el cine americano. La U. C. EOLO va a emprender la realización a todo gasto del proyectado film «El amor empieza en sábado», de tema frívolo y cuyo principal rol

desempeñará la actriz alemana (¡adiós, una vez más, autarquía!) Erika Remberg que será seguida por Gustavo Rojo, Germán Cobos, Elisa Montes, María Martín y numerosos etcétera. La cámara ha sido confiada a Federico Larraya, el ritmo musical al maestro Tudó y los bailables a la orquesta Algueró hijo. Para dorar la pildora este film será presentado en colores.

\*\*

Fese a la afirmación de inanimidad que más arriba hacemos del Luis Lucía — quien considera que el cine español poco a poco se va imponiendo. Lucía es un realizador que acaba de filmar «La muralla» de Sotelo en Barcelona, que califica — a la ligera — de cine social. Es autor de las cintas «Un hombre de negocios», «Currito de la Cruz», «Un caballero andaluz», «Jeromin», «Un marido de ida y vuelta», etc., películas de americana ancha, y así lo decimos por haber ellas conseguido perforar la frontera américo-castellana aunque no hayan logrado penetrar en Europa (el África sigue empezando en los Pirineos) teniéndola mucho más cerca. Xenófobo a su manera, Lucía cree que de la producción anual francesa y la idea italiana se salvan únicamente cinco cintas de cada país, lo mismo que le ocurre a España. Ya es manera de equipararse, y de desafiar el ridículo si en el exterior se enteran.

En lo que no yerra Lucía es al asegurar, coincidiendo con nuestro criterio en estas mismas páginas manifestado, que «la mejor protección gubernamental al cine español sería la supresión total de la misma». Naturalmente: más independencia, menos camino trillado, más iniciativa propia. Pero quedan los guiones que no nacen por miedo a ser decapitados implacablemente por la censura oficial y religiosa.

● Pasa a la página 13 ●

so teatro infantil interesante con la misma intensidad a los mayores. La belleza de los cuadros presentados supera la previsión de los espectadores, añadiéndose a la realización teatral el regalo de la música. Representado por este Teatro dei Piccoli: «Música vienesa», «Sibilo Pifferetti», «Blanca Nieves», «Carnaval en los Andes», «Don Pasquale», «Noche cubana» y «El maestro Piccolovsky».

«Café del Liceo», es una farsa de Jaime de Armiñán estrenada en el Windsor. Evocación sentimental de los cafés de fin y principio de siglo, salpicada de tintes graciosos y de amargura, con exposición de tipos curiosos, normales o estrafalarios, indicando, a guisa de mo-



# Arte y Artistas



EL acreditado pincelista José Puigdemolles ha expuesto buen número de producciones en La Pinacoteca. Buen trazo, sobrio colorido, temas por lo común bien escogidos. Mal escogida, la compañía oficial que lo envuelve. Con lo diestro que es en su arte, Puigdemolles podría pasárselo sin acodos de las gentes que gobiernan, quienes, sobre «estar pez» en asuntos que no huelan a pólvora, son incapaces de pronunciarle al artista su apellido.

En el palacio de la Virreina se han reunido los socios de la entidad «Amigos de los Museos» para medallearse escandalosamente unos a otros. ¿Qué tienen que ver el arte y la historia con la estúpida vanidad de los individuos? Prescindiendo de la mandanga condecorativa, el asistente «neutral» ha podido recrearse admirando un evocador óleo de Eliseo Meifrén representando el puerto de Barcelona en 1888.

El sector leridano del Pirineo ha tenido exposición notabilísima en la capilla (desafectada) del antiguo Hospital de Santa Cruz. Setenta obras han sido exhibidas, todas ellas de tónica popular y temas localistas en los que el sentimiento parece tragarse a la geografía. El trazo por lo común es inocente, y más que el premio muchos concurrentes parecen aspirar a que su rincón de Pirineo sea conocido. Huyendo de ese estilo a veces comparable al del ex voto, aparecen los amantes del detalle técnico, de la pintura académica, los cuales — es previsible — han arramblado con toda la serie de premios, dejando con su inocencia y con las manos vacías a los pincelistas payeses. Cargó con la palma el artista Miguel Villá por una visión muy acentuada de La Poble de Segur, ha-

biéndole seguido en el camino de las distinciones Juan Serra, que aportó un par de telas de un verismo y una luminosidad notables; Enrique Porta e Ignacio Mundó, un par de enamorados de dicha Poble, que contribuyen a convertir en pieza central del concurso al prodigarse en detalles de

Otho Lloyd, paisajista minucioso y con bastante comprensión del Pirineo, por haber sin duda presenciado más de cien amaneceres en nuestra alba cordillera.

En la Sala Busquets Andrés Fonts presentó una variedad de temas lo suficientemente conseguidos para considerarle polifacé-

prende con sus claroscuros, con sus efectismos lindando con lo sombrío. No diremos que abusa del blanco y del negro con resultancias de gris, por comprenderlo goloso de estos colores; pero un tal arte nos sitúa al romper apenas el alba, o al nacimiento plomizo del día. Cuando en esos «páramos» (en idea) cruza fugaz una brasa de rojo, se nos antoja un sol derrotado, huidizo, abrumado por ese disipar de la noche que nunca se disipa. Es un sentir, de todas maneras; una visión diversa y ello es bueno aceptando que la pintura no debe caer en el marasmo de las interpretaciones determinadas por públicos rezagados.

Sala Vayreda nos da a conocer por tercera vez la pintura de Luis Prades. Imbuido de arte religioso no se libera de su criterio monumentalista. Sus santos y capillas parecen obra de tallista, y el conjunto «eclesiástico» lo saca gigantesco, como elevándolo por encima de la minucia de los hombres. Y sin embargo, son éstos los que elevan aunque religiosamente se empequeñezcan. Prades no observa en artista, sino en vaticanista. Sin embargo, sin Hombre no hay Dios y sin Dios permanece el Hombre; reducido a su medio estricto, desde luego; pero con una preocupación menos. Prades se evade alguna vez del templo para enfrentarse con la naturaleza. Incluso aquí la bóveda del bosque se le antoja templanza y los troncos le resultan columnas. Consejo nuestro — a todas luces inútil, puesto que su camino está trazado — es el enfoque de las naturalezas muertas. Si tratara de emanciparse de la metafísica, ahí tiene recurso según acierto del bodegón que en la Vayreda le ha valido el mejor aplauso.

Galerías Syra presenta una colección de piezas en cerámica noble producidas por Antonio Cumeña, trabajador incansable y artífice exquisito completamente entregado al embrujo del trazado, el color y el horno conjugados. Persigue la forma, siempre huidiza como los crepúsculos esplendorosos y pronto vencidos por la tiniebla. Su exposición de ahora abunda en vasijas y piezas de aplicación mural de concepción moderna sin dejar de ser armónica.

Juan Grau ha ennoblecido una sala de la Caja de Ahorros de Mataró con profusión de marinas y notas de tierra adentro. Naturalista de suyo. Sus panorámicas son amplias y, por ende, indetalladas. En lo umbrío boscano y en las pátinas lacustres consigue pinceladas certeras. Rúbrica de esta demostración pictórica: la venta de bastantes cuadros a algunos ahorristas que no necesitan rectificar libreta para adquirir telas para comedor, no para guardarropía. — C., Barcelona.



Taberna castiza, interpretada por Astruc.

«rodalies» (Enrique), y en «explicaciones» callejeras (Ignacio). Hay valores, promesas y negaciones en la exposición de referencia. Y una curiosidad relevante: la participación del pintor inglés

tico. De la marina desparpamando salobre salta al monte agreste y solitario, donde el hombre, ante tanta hosquedad, se arrima instintivamente a la amistad del árbol. Fonts se atreve a jugar con los efectos de luz, juego peligroso por lo que exige de artista y de poeta para lograr expresiones certeras. Sale del paso, no se lo regateamos, pero debe perseverar, y con más motivo habiéndose señalado camino con su «Corbera», de reflejo velado por la propia densidad de los rayos solares.

Muxart en Sala Gaspar expone una vez más sus piezas de convicción personalista, en pinturas como trabajadas al desgaire yendo a algo no completamente expresado, que debe adivinarse, pero que indudablemente radica en la idea del autor. No hay que negarle a Muxart fuerza creadora, si bien se expone a despistar al observador, lo que — suponemos — no debe preocuparle. Cualquiera que fuera el criterio que el visitante se forme del arte de Muxart, no dejará de reconocer que el mismo es vigoroso, firme, y que por esta misma reciedumbre, más del colorido estallante que lo anima, no tardará en definirse y en imponerse.

Vela, en la Sala Jardín, nos sor-

mismo a cargo de una mujer de vida equívoca, por donde empalmamos un poco con la desinteresada «Bola de Sebo». Lo más notable de este drama: el criterio antiguerrista que el autor emite. El libro — en catalán — muy bien escrito y la representación — a cargo de Luis Orduña, Teresa Cunillé, Carmen Contreras, Lloret, Vilarrasa y Berta Cambra — buena para concitar aplausos sobre la obra.

«Homes i no» es otra pieza catalana de concepción filosófica debida a la pluma de Manuel de Pedrolo. Por su contextura esta comedia parece atrabiliaria, poco inspirada a los efectos de taquilla, pero desarrollando conceptos de altura como emanados de principios de moral universal. Dos funciones se han dado en aviso de principio en el Romea. Después, nada.

Porque en España da miedo decir mucho. — C.

## LA ESCENA

raleja, el bien ciudadano, el hogar colectivo que la generación presente ha perdido con su prisa corrosiva de vivir.

«Papá se enfada por todo» del métementado Alfonso Paso, es una comedia estrenada en el Teatro Barcelona bajo la conducción de Paco Pierrá. Un poco de crítica dicha social manifestada merced a un personaje refractario a la sociedad, impermeable a los usos y costumbres de ésta. No existiendo teatro revolucionario en España, el de Paso puede dar, a los intrascentes, la sensación de que algo renovador se opera en la escena española. Mejor intencionado, aunque más truculento, el teatro de Folaigürbide.

En el Guimerá «Un home entre herois», de Rafael Tasis. Asunto de guerra, con el consiguiente aviador anglosajón caído en tierra francesa ocupada. La salvación del

# Mundo es así



## HAMBRE Y ASFIXIA.

—En España uno se asfixia, dice Arrabal. Todo el mundo se asfixia. Yo no soy una víctima, hágalo usted constar; yo no quiero jugar a hacerme la víctima. Las verdaderas víctimas son los obreros de allá que se mueren de hambre. Por ejemplo, en 1953 yo tenía veinte años y era un empleadillo de oficina. Pues bien, yo ganaba 1.181 pesetas al mes, es decir unos 10.000 francos franceses. Eso no es nada, porque los obreros, casados y con familia, ganaban entre 600 y 700 pesetas. Las tardes de paga había que firmar en un gran registro donde estaban apuntados nuestros nombres con los salarios correspondientes. En vez de firmar Arrabal, un día escribí: «¡Qué miseria!» Fué un escándalo tremendo. Estuvieron a punto de echarme. Por fin me descontaron cuatro días de salario. — Arrabal, joven escritor español interrogado por «France-Observateur».

## LIBERTAD DE IMPRENTA Y PARAMO INTELECTUAL.

— Prosiguiendo la interviú «F. O.» — Arrabal:

— Admito que usted no sea una víctima del régimen de Franco, pero me figuro que hubiera usted llegado a serlo si hubiera escrito allí lo que aquí escribe ¿no es eso?

— Eso seguramente. Pero de todos modos no hubiera habido nadie capaz de editarme y nadie capaz de estrenar mis obras. En Madrid no hay prácticamente vida intelectual, no hay vida espiritual, nada, es el desierto...

— ¿Conocen allí a los autores dramáticos franceses de ahora?

— En Madrid hay una mujer formidable, verdaderamente heroica, Josefina Sánchez Pedreño. Monta espectáculos de vanguardia en diferentes teatros de la ciudad y se lo permiten con la condición de que no dé dos veces el mismo espectáculo. ¿Se da usted cuenta? Dos meses de ensayos, una velada y terminado. Así ha presentado a Beckette, Iones-

co, Adamoy, Camus, Schehadé... Y también mi obra «El triciclo». Naturalmente que con ese sistema ella no puede pensar en ganar nada, a pesar de que las salas suelen estar repletas. Bueno, fuera de eso, no hay nada.

— ¿Y no ha montado obras de otros autores españoles modernos?

— No hay ninguno. Yo creo que desde que murió Valle-Inclán no hay nada, no siendo Buero Vallejo que sale de la cárcel y ha escrito obras atrevidas. Yo admiro el valor con que sigue escribiendo en medio de la atmósfera de guerra fría en que le envuelven.

## DETRAS DE LOS RASCACIELOS.

— ¿Más chabolas? Sí. Más chabolas. En el arroyo Abroñigal, junto al puente de Ventas, las están levantando familias de gitanos y de gentes recién llegadas de otros lugares. Aquello es ya un poblado típicamente chabolero, sin higiene, sin servicios ni medios de habitabilidad, como es lógico; pero allí están sus habitantes en un turbio y desaparece hacinamiento, para sorpresa de turistas y curiosos. Estos habitantes con actitudes adecuadas a su instalación, ensucian, alborotan y promueven reyertas e incidentes que alteran el sosiego de los vecinos, sobre todo los de la calle de Ricardo Ortiz, que está allí mismo... En ella, sin embargo, hay buenos edificios, porque las viviendas oscilan entre 750 y 1.000 pesetas... Pero enfrente tenemos unos terrenos con capacidad para construir todas las viviendas que necesita Madrid... En este solar se alzan ahora chabolas, cuyos habitantes, para el consumo de agua, se abastecen de las bocas de riego — como todos los chabolistas de Madrid — destrozándolas y dando suelta a una gran cantidad de agua que se desperdicia — lo que no es conveniente — y que encharca la calle, para no molestarse a ir por ella a la fuente instalada en la carretera del Este. — «Ya», diario de Madrid.

**LA CANALLA DORADA.** — Esquela 1958 para un muerto de 1936:

«El Excelentísimo Señor D. Pablo Montesino y Espartero, duque de la Victoria, conde de Lucana, Grande de España,

gentilhombre de S. M. con el ejercicio y servidumbre, coronel retirado, condecorado con las grandes cruces del Mérito Militar, Mérito Naval, San Hermenegildo, Carlos II, Aguila Imperial alemana, Francisco José, Cristo de Portugal y otras, fué sacado de la cárcel de Ventas el día 3 de noviembre del año 1936 y asesinado por la canalla roja. — «ABC» de Madrid.

## EN LA LUNA YA ANTES DE ALCANZARLA.

— Cada día son más numerosas las cartas que llegan a Washington al secretario del Interior en petición de parcelas de terreno en la Luna. Los servicios del Ministerio han respondido con una circular que dice poco más o menos: «Agradecemos su carta. Pero, por ahora, no es posible atender su petición, ya que no se ha conseguido por parte del Gobierno la necesaria autorización para desembarcar en la Luna u otro planeta. Los Estados Unidos no pretenden ejercer su soberanía de los territorios extraterrenos... Toda venta de terreno por parte de sociedades privadas, es ilegal. — Prensa americana.

**NUNCA ES TARDE CUANDO LLEGA.** — Ramón se dirigió a la estación cuando el portero le entregó un telegrama. Iba a recibir a su esposa y se contuvo. El parte decía: «Perdido tren. Saldré mañana misma hora. Ramona.»

Impuesto de lo ocurrido, Ramón redactó y depositó la contestación telegráfica siguiente: «Ramona: Si sales mañana misma hora, tren nuevamente perdido. Ya llegarás algún día. Ramón.»

**LO MODERNO Y LO ANTIGUO.** — En cine se han visto bailes fantasiosos debajo de las aguas del mar. Merced a la inmersión protegida, en los fondos acuáticos se puede bailar como dentro de un salón de fiestas «terreno».

Todo lo cual parece previsto por un zarzuelero español de hace medio siglo cuando lo dijo con musiquilla:

En alta mar una vez estuve bajo del agua cerca de un mes y he visto peces tan chiquititos como la punta de un alfiler.

He visto atunes, grandes ba-

## POR TIJERINO

y otras mil cosas que hay en el mar; unas muy dulces, otras muy lisosas y otras que saben ni fu ni fa. Cuatro tiburoncitos me dieron de yantar y una hermosa sirena me invitó a bailar.

**TRES DOCTORES HONRADOS.** — El médico A fué requerido para una visita de urgencia al banquero B. Viendo al entrar un montón de billetes moneda recortados a tijera por el pequeño de la casa, más el estado de postración del enfermo no quiso saber más antecedentes para diagnosticar acto seguido: Cardiodineritis.

El ciudadano C fué atropellado por un tranvía y cree tener seccionadas las piernas, lo cual afortunadamente no es cierto. Casi sin aliento el accidentado interroga a su galeno:

— ¿Y pues, doctor?

— Que sus piernas no me dan preocupación alguna.

Escéptico, el enfermo, para sus adentros: Porque se trata de las mías.

Postrimerias tiene una tos espantosa, los pulmones le silban, las piernas se le acordeonan. Corre como puede a visita del médico.

— Estoy deshecho, señor, voy a morir. ¿Qué me receta?

— Un cementerio con vistas al mar o un menor pánico por la vida. — De la habladuría popular.

## DESAPARECER A TIEMPO.

— Hace meses que el cantante Sagi Vela se separó del teatro. He aquí unas palabras suyas de despedida: «Estoy en mis bodas de plata y voy a despedirme definitivamente. No quiero malograr la emoción de esta despedida anunciando futuras actuaciones. Comenzaré vida ignorada vendiendo discos y cuidando mi huerto de naranjos. Quieroirme con vida, no cuando ya esté muerto para el arte. En cierta manera estoy contento por sentirme aún joven, y si pena tengo es por el adiós a mis compañeros de farándula. No he querido empujarme para ir cediendo, cediendo, hasta el borde del ridículo. Ustedes c o m p r e n d e n.»

Indudablemente. Los que no han comprendido son los Enrique Borrás y la Raquel Meller, verbigracia...



# Retazos y retozos de Tiago

## La noche del amor

Cantemos, compañeros, unidos,  
que la noche es muy breve y la  
[aurora  
llega. Cantar, cantar reciamente  
que el corazón se enamora.  
Cantemos el amor que nos posee,  
que llegue al cristal de la ventana,  
que bese labios rojos, anhelantes,  
que bese hasta hora temprana.

Cantemos y velemos,  
que al morir, ya dormiremos  
Que cada voz sea un chasquido  
y cada grito una abrazada,  
que el canto nos deje ante los ojos  
be'los, serenos, de nuestra amada.  
Que nuestro canto decir consiga  
lo que, torpe, nuestro hablar no  
[alcanza :  
que la queremos hasta la muerte,  
que la queremos bien y a ultranza.

Cantemos, velemos,  
que al morir, ya dormiremos.  
(« La nit de l'Amor », canción  
musicada (en sardana) por el  
maestro Enrique Morera).

## Europa-América

En América todo abunda. «Si  
aquí hay tres clases de vapor, allí  
catorce. Si en Europa te casas una

vez, en América seis y aun en vida  
de la difunta. ¿Que aquí tenemos  
una religión? Pues allí todo un  
muestrario de ellas, tan verdadera  
la una como las otras. Si aquí tie-  
nes dos hijos allí tendrás una do-  
cena para ti y otra para tu espo-  
sa, quedando los sobrantes propie-  
dad del Estado...» (Pere Antón de  
« Libertat »).

## Grito sedicioso

Don Patricio, recién llegado rico  
de América : «Si la fortuna me  
ha mimado con sus preciosos do-  
nes, ha sido asimismo conquista-  
da con el sudor de mi rostro.»

Un obrero : « ¡Viva el trabajo! »  
Nadie contesta. Al obrero lo ex-  
pulsan de la fiesta a empellones.  
(De « Libertat »).

## Concepto de la primavera

Manuel : «De qué viviríamos los  
pintores si no viviéramos de ilu-  
siones? El caso es que nunca ha-  
bía visto el mundo tan hermoso có-  
mo desde que tengo el cuadro allí  
dentro (en la sala de exposiciones).  
Y dicen que este año tarda en ve-  
nir la primavera. La primavera  
llega cuando uno la tiene dentro.»  
(De « La Mare »).

## Pintura de encargo

Manuel, pintor claudicante, se  
sincera ante Alberto, artista inte-  
gro : «Me falta empuje, aliento,  
fuerza para recobrarme. Soy un  
preso moral, un preso que besa  
las cadenas. ¿Ves este lienzo?  
(una tela blanca); es el último es-  
fuerzo que he hecho para arran-  
carme de presidio. Ya sabes que  
no hay nada más bonito ni más  
ilusionador para nosotros que mi-  
rar una tela blanca; cómo mira  
uno en ella lo que puede haber, lo  
que todavía no se ha creado, lo que  
aún es misterio, y la ve mucho más  
hermosa. Pues ahora, la miro... y  
no veo nada. La miro al atardecer,  
la hora en que brotan los cuadros;  
la miro cuando da en ella el sol  
destrenzando los siete colores; la  
miro a todas las horas de la vida.  
Hasta me he levantado muchas ve-  
ces de noche para ver si me dicta  
algo y... nada, ¡siempre nada! La  
veo de un blanco absoluto. Me es-  
tá esperando y yo no sé acudir.  
¡Y ni llorando delante de ella, ni  
poniéndome de rodillas quiere dar-  
me el consuelo que le pido!



## Su página más bella

LOS CIPRESES. — Una de las  
cosas más alegres que he visto ja-  
más, era un ciprés de cementerio.  
Había dos en el osario : uno, el  
ciprés triste, un ciprés cadáver,  
flaco, descarnado, nervioso, tan  
viejo y débil que cuando el aire  
le movía parecía como si temblase,  
y cuando llovía, dijérase total-  
mente que lloraba; y el otro, ale-  
gre, espeso, de terciopelo vestido,  
ufano y virgen, todo él modelado,  
tierno y siempre lleno de verdor.

Pero lo que le hacía ser alegre  
era el enjambre de pajarillos que  
dormían en sus brazos y allí ani-  
daban y vivían. Parecía un árbol  
con palabras y canciones entre  
aquella quietud; una casa de ve-  
cindad cercana a los nichos; una  
escuela llena de gritos y risotadas.  
Todo el santo día, yendo y viniendo,  
trabajaban, subían, iban de vi-  
sita, se holgaban, reñían, se lleva-  
ban las noticias del lugar donde  
había panizo y no había cazado-  
res; volcaban las criaturas, les ia-  
vaban las patas y les enseñaban  
gimnasia, reían, lloraban y se con-  
taban sus cavilaciones; todo era  
un tejemaneje de pelizcos, de su-  
bir briznas de paja para mullir  
los cojines, de meter la cabeza so-  
bre el ala y espantar las lagartijas.

Al atardecer aumentaba la alga-  
zara para disputarse una ramita;  
una furia de gritos, para lograr  
un toldo de hojas, un guirigay pa-  
ra conseguir una alcoba, y des-  
pués, acondicionados los pequeños  
entre los nidos de las ramas, el  
árbol se quedaba entre los fuegos  
fatuos que corrían.

¡Oh, árbol alegre! En ningún lu-  
gar estaban tan seguros como ba-  
jo aquel dosel de dulzura; en nin-  
guno tan respetados por los hom-  
bres como en el mismo osario; en  
ninguno tan contentos como en  
aquella paz, poblada; siempre ellos  
con ellos; siempre con los suyos;  
siempre llenando la soledad con su  
festiva alegría.

Hasta cuando llevaban un muer-  
to salía del ciprés un vuelo de  
vida.

SANTIAGO RUSINOL

# RELÁMPAGO

**A**LFONSINA Storni, cosi-  
da al infortunio con  
manillas de hierro.

Alfonsina Storni, sepulta-  
da voluntariamente en el  
mar del Plata.

Nacida en Helvecia y lle-  
vada a América aún no ado-  
lescente.

Infancia a penas infantil,  
grave y triste, de emigrante,  
en un páramo fronterizo.

Día a día, el Destino va  
componiendo su drama :  
está muy venidero su dra-  
ma y no lo siente rebullir.

Corren los años...

¿Qué hay dentro de ella,  
además de un poco de lo-  
cura, que no se ve ni se oye  
y está presente? Un verme  
—el de la Fatalidad— ro-  
yendo su alma y anublán-  
dola.

Pero el sol, a intervalos,  
descorre las nubes negras y  
el azul cristal resplandece.

Crece en recelo de prede-  
stinación.

El desengaño trastorna el  
sistema de su vida rota  
para siempre: la fe con el  
hijo del amor a sus pechos  
quiebra y viene al suelo.

¿Qué es el suelo, sino la  
peana iluminada de las cri-  
aturas? ¿No es el espacio del  
subsuelo? ¿Hace mejor cli-  
ma en la gusanera?

Cargó con el orgullo, que  
pesa mucho, en busca de un  
Canaán hipotético, sin en-  
contrar calor en nadie.

por PUYOL

Su aserto :

«En la ciudad erizada de  
dos millones de hombres,  
no tengo un ser amado.»

Una hoja rodante, caída  
en la cuneta. Rehilanderá  
de papel de colores que el  
viento acerca al abismo,  
chispa de minúsculo car-  
bunclo jugando a encender-  
se y apagarse.

«Bravoleón, mi corazón  
Tiene apetito, no razón.»



Apetito de morir y espe-  
ranza de no morir, como el  
varón de su verso, Sigfrido,  
tenía.

«Escalinatas lentas  
descienden al agua  
y llegan desvanecidas  
a mis pies.

Por ellas  
ascenderé  
un día  
hasta internarme  
más allá del horizonte.

Paredes de agua  
me harán cortejo  
en la tarde  
resplandeciente...»

Su última composición,  
« Voy a morir », aparecida  
en « La Nación » de Bue-  
nos Aires, dos días después  
del suceso, tiene el entono  
de una sentencia tribunalí-  
cia. ¿A quién le dijo adiós?  
¿Qué mano amiga estrechó  
por última vez? ¿Alguno  
trató de apartarla del vór-  
tice de sus pensamientos  
atropellados, de sus turbu-  
lentas maquinaciones, con  
una reflexión cariñosa?...

Se sabe lo que es morir;  
lo que es más morir, no.

Con el postrer aliento de  
la carne combatida y ven-  
cida apagó de un soplo su  
luz para dormir eternamen-  
te en el fondo del mar, co-  
mo Safo...

# • LOS LIBROS •



## “EL DOCTOR JIVAGO” de Boris PASTERNAK

¿POR qué no hablar del «Doctor Jivago»? Que la actualidad se ocupe de esta obra o que la hubiese olvidado no tiene caso. «El Doctor Jivago» ha penetrado la conciencia universal; sin que pertenezca a nadie, a ningún partido, a ninguna comisión, a ningún Estado, ni siquiera a su autor. Forma parte del patrimonio humano con idénticos derechos que el doctor Faust, Don Quijote, Hamlet o Alceste.

Toda obra maestra gira en torno a un tema central, un motivo. Cualesquiera que sean su complejo y sus prolongaciones ocultas, siempre radica en un conflicto mayor la fuente de la que mana quintaesencia. Tal es el caso del doctor Jivago.

La irrupción del siglo invadiendo la frágil y precaria morada construida por el hombre para sí y los suyos, tal es el drama en torno del cual se desarrollan los capítulos de este libro ejemplar. Es un tema eterno como todos los temas que alcanzan lo esencial; de todas maneras las circunstancias que le sirven de cuadro comunican al drama una fuerza, una intensidad singulares. Que el siglo sea implacable de suyo; que la acción se sitúe en un país que ha hecho de la servitud del hombre un dogma sacrosanto, he aquí lo que entabla conflicto entre el acontecimiento y la persona con extraordinario relieve.

La personalidad del doctor Jivago, por atrayente que sea, no guarda las proporciones gigantescas o quiméricas de los héroes, derivados monstruosos a fuerza de sobrepasar la medida humana. Huérfano desde su infancia, de una sensibilidad aguda, con una inclinación muy viva por la filosofía y las artes, escogiendo, sin embargo, la medicina como profesión, fundando una familia con una compañera de infancia, su biografía del doctor Jivago es llana hasta la irrupción e intromisión de la historia en su vida personal sin complicaciones. Luego debido a una guerra desdichada, el personaje se encuentra en su país envuelto en el torbellino de una revolución que traspasa los límites de un simple cambio de régimen para convertirse en un trastorno total de las condiciones de existencia junto con todos los valores humanos. Y he aquí el drama tramado. Frente al acontecimiento, ¿cómo reaccionará el doctor Jivago? ¿Se adaptará y participará, o bien intentará lo imposible por emarginarse en defecto de poder hacer frente?

El doctor Jivago tomará partido por lo imposible. Todos sus pasos, en lo exterior y en lo íntimo, lo alejarán, lo desafectarán del sistema. Tomará sus distancias con la historia para proteger contra las convulsiones de ésta los tesoros escondidos de una vida espiritual y superior suya. Apenas enterado por un diario adquirido al azar de la instalación de los Soviets en el Poder, Jivago abandona Moscú, toma camino del éxodo en

busca del «silencio» en un «lugar apartado» situado en la orilla de los bosques uralenses, en los confines del país. Renunciando a su profesión y servidumbres inherentes, volviéndose de espaldas a la realidad social, emprende vida hosca en compañía de su familia, trabajando un cacho de tierra al margen de la nueva legalidad. Si ejerce nuevamente la medicina será bajo pena de obligación, forzado por un grupo de partidarios; si regresa a Moscú lo hará cuando la guerra civil desaloje a su familia de su retiro, hollado y devastado. En este punto comprende el hombre que vista la potencia tentacular del nuevo Estado en formación, la capital puede resultar un «maquis» menos vulnerable a los ataques del adversario que en la campiña perdida. Allí vivirá los últimos años de su existencia hundido en la miseria y en el silencio de un fuera de la ley, sin dejar de proseguir su esfuerzo por y contra el asunto capital de su existencia: salvar del inmenso terror algunos jirones de humanidad, dar forma expresiva en verso y en prosa a su comunión intensa con la maravilla poética de la más humilde vida cotidiana. Hasta

morir en pleno desarrollo físico derribado por una crisis cardíaca en 1929, ese umbral de los planes quinquenales y de la construcción encarnizada de un «socialismo» basado en la técnica del Estado totalitario, no dejando Jivago otra herencia que varios manuscritos dispersos.

El rechazo que hace el doctor Jivago de la historia no va dirigida contra tal o cual movimiento, contra esta o aquella doctrina; es el repudio de la regimentación, la preferencia por la vida personal, por la creación individual que jamás presión alguna ha podido aniquilar. Su vida, marcada en el plan social, profesional y aun sentimental, es un buen y ejemplar resultado conseguido a expensas de las fuerzas gregarias, a las potencias del día. La dimensión del hombre gana de mucho a las dimensiones de la historia. En la medida que el acontecimiento le interesa como manifestación (aunque deformada) de una apasionante vitalidad, su interés y su simpatía van al encuentro de los efluvios anarquistas, insalvables del acontecimiento, hecho que los cronistas oficiales silencian, pero que no por ello dejan de seguir y proporcionar colorido. El mensaje del doctor Jivago es de confianza y esperanza en la supervivencia

de lo humano sujetado a condiciones las más inhumanas, anunciando la subida de una nueva generación rusa por encima del Estado y de la historia en posición caduca.

«El Doctor Jivago» está escrito en un estilo desnudo, vibrante, rico de una sensibilidad retenida y canalizada, dotado de la sencillez para las obras maestras en las que los artifices de la forma nunca aplastan la preeminencia del fondo. Una obra que no se deje traducir, ni resumir, que aguarde sólo por las cualidades exteriores de la rebuscada verbal, jamás será obra maestra elevándose al nivel de los grandes mitos humanos por su carácter desprovisto de detalles menores. Si el doctor Faust, si Don Quijote, si Hamlet, si Alceste, si el doctor Jivago se notan entre nosotros, y viven en nosotros al punto de que los reconocemos incluso sin —en ocasiones— haber leído una sola línea de Goethe, de Cervantes, de Shakespeare, de Molière o de Pasternak, es porque sus creadores han sabido extraer de la nada personajes propios para escapar del cuadro libresco por disponer de destino propio, prestos a acompañarnos en nuestras miserias, en nuestras peregrinaciones, en nuestras alegrías...

GEORGES PAUL VILLA

## HOMBRE, TIEMPO Y CIUDAD

«MICROSCOPIA DE BUENOS AIRES» subtítulo Ezequiel Martínez Estrada su libro «La cabeza de Goliat». Libro sagaz, sugerente, vivo. Libro que se sitúa a la altura de aquel otro memorable: «Radiografía de la Pampa». La nueva edición (1) aparece sin enmiendas ni aditamentos ¿Para qué? La realidad allí descrita sólo se ha modificado por acumulación, es decir, que de una cierta manera el tiempo ha venido confirmando lo que ya estaba previsto en el libro.

Ese fenómeno descomunal que a la urbe moderna aparece allí bajo un enfoque de triple perspectiva: histórica, social, humana. Qué era la ciudad, cuál ha sido su desarrollo y el destino de sus habitantes. Esta múltiple preocupación ha determinado el meditar del escritor. En realidad, su análisis de Buenos Aires es válido para toda ciudad que haya escapado a la medida del hombre, a su dominio; para toda ciudad en la que, por el contrario, el hombre se siente instrumento de un destino abstracto, multitudinario. La cultura de la ciudad se distingue por su carácter expansivo, dinámico, belicoso. De ahí que el mundo moderno tienda, cada día más vertiginosamente, hacia el poderío y la mecanización. Son las expresiones ineluctables de la eficiencia deificada.

Sin embargo, la ciudad es una expresión del hombre, de la vida

humana, que crece y se expresa en la comunidad. Hasta dónde el espíritu comunitario la fomenta y dirige la ciudad es una realización humana y sirve los fines específicos de la vida humana. Sólo cuando su crecimiento se hace tentacular y ciertas superestructuras la asfixian la ciudad se convierte en cárcel o en selva de hormigón donde priva una ley severa e inexorable. El hombre se mueve en ella automáticamente, como el preso, o insidiosamente, como el salvaje.

Los extremos nos devuelven, paradójicamente, a un primitivismo civilizado, si puede valer la antinomia, en el que la técnica ha modificado el contorno, pero no el espíritu del hombre, que regresa a la dicotomía, a la dispersión. El fenómeno que oculta esta realidad es la ciudad - masas. El hombre está junto, pero solo. Por eso el hombre de la ciudad tipifica la realidad humana contemporánea, es su resultado incambiable, y sirve de espejo al campesino, hasta el que llega la sugestión de una grandeza exterior expresada en la oropelesca simbología ciudadana. Desde que se inició el movimiento expansivo de la ciudad fabril el éxodo del campo a la ciudad se produjo simultáneamente.

El delirio de grandezas es una exclusiva del ser humano, de esta «caña pensante» pascaliana que oculta, tras su enhiesta apariencia, una lamentable quevedad. Porque toda grandeza exterior exige

el sacrificio de las energías que el hombre podría destinar al descubrimiento y perfección de su ser verdadero. Pensar implica, en su más noble sentido, un estarse quieto, una actitud pasiva. Nada más contrario a la postura del hombre de la ciudad, inventor y constructor orgulloso del automóvil y del subterráneo, verdadera anticipación, éste, de su destino de topo ágil y eficiente.

Toda la filosofía derivada de la realidad ciudad - masas es catastrófica. Toda la ciencia que deriva, a su vez, de allí, es catastrófica también. La bomba atómica sería el corolario. También su símbolo: una suprema concentración de energía destinada a la desintegración. Buenos Aires reúne, en un movimiento frenético, a cuatro millones de personas. Pero la comunidad no existe. Son cuatro millones de desconocidos, viéndose para sí, solos en medio de un tumulto de semejantes.

«Ciudad, éste es el nombre de una enfermedad nerviosa muy grave» — dice Martínez Estrada —. Pero no sólo porque esa enfermedad se transfiere a sus habitantes. También porque contagia la vida nacional, incide sobre las instituciones, altera los factores políticos y económicos cuando se desarrolla tentacularmente. Ya Lewis Mumford abordó el tema con gran penetración. Véase su obra «La Cultura de las ciudades» y se tendrá un panorama



# Anatomía de la Revolución

**C**RANE BRINTON (de la Universidad de Harvard) publicó su «Anatomía de la Revolución», en 1938. Esta obra acaba de ser reeditada en español (Aguilar - Madrid - 1958), agotadas las ediciones anteriores. Ha logrado en la versión española el mismo éxito que lograra en su idioma original. Esta amplia acogida tiene, naturalmente, su razón de ser, hay obras que poseen la virtud de crear una corriente de opinión, de inaugurar un repertorio de ideas o sentimientos, de despertar alguna oscura emoción adormecida llevándola a la superficie y dándole, así, estado lúcido de conciencia. Hay obras, en cambio, que parecen obedecer a un movimiento contrario: no crean en absoluto, sino que captan un difuso o fragmentario sentir colectivo dándole una fisonomía coherente y una unidad lógica tal que configura una expresión concreta. Son como antenas receptoras de lo que está vibrando en la atmósfera del tiempo y que sólo necesita un instrumento que lo expanda con elocuente claridad. Este es el caso de «Anatomía de la Revolución».

La Revolución, así con mayúscula; no ésta o aquella revolución, sino la Revolución en singular, en absoluto, tiene una abundante literatura y podríamos agregar una superabundante retórica residual de la literatura. Esta literatura, en prosa y en verso suele ser apologetica en grado superlativo. Existe, claro está, otra literatura contradictoria y negativa de la Revolución. Pero el ímpetu afirmativo de la primera es tan avasallante que la cautelosa y escéptica producción de la segunda resulta muy disminuida, como si careciese de relieve. La apología de la Revolución, iniciada por algunos clásicos, fué desarrollada y acrecentada por los románticos enfáticamente, a tal punto que éstos se transfiguraron en un mito. Es que los románticos tuvieron a mano, entre otros, un hecho admirable y conmovedor para su dramática exaltación del mito; este hecho fué la Revolución Francesa convertida en símbolo, ejemplo, ideal y arquetipo, al

mismo tiempo, de la Revolución. No sólo los poetas y sus cofrades los novelistas exaltaron en verso y en prosa el hecho sugerente; también los historiadores, los filósofos, los sociólogos y los econo-

ba ondas cada vez más vastas en su incesante dilatación. Cuando se dió término relativo al fenómeno de las revoluciones nacionales, comenzó el ciclo de las revoluciones sociales, penetrando la sugestión

por **LUIS DI FILIPPO**

mistas, conjugaron el mismo verbo. La magia de la Revolución, la excelencia de su método, tuvo así la consagración de la fantasía y de la ciencia. El mito no vagaba tan sólo en las nubes de la imaginación, se asentaba también sólidamente sobre la tierra de una realidad positivamente comprobada. Las circunstancias históricas nutrían con hechos de gran magnitud esta posición de la inteligencia, porque la revolución actuaba en Inglaterra, en Francia y en América, en el viejo y en el nuevo mundo. Era poco menos que universal. El ímpetu provoca-

del mito en el siglo XX con renovado ímpetu. El símbolo de la Revolución ya no será el gorro frigio burgués sino la bandera roja proletaria, aunque ésta se sienta heredera de la otra, y su destino es consumir la obra inconclusa. Es la misma Revolución que inicia su nueva etapa, pues el Mito ya tiene sentido de perennidad. Puede hablarse, sin incurrir en exceso de retórica, de la Revolución eterna... No ha de sorprendernos mucho, entonces, que el Mito se convierta en un culto irracional que no deja de tener su filosofía. Algo así como «una filosofía que no se piensa, pero que se hace, y por lo mismo se enuncia y se afirma no con fórmulas, sino con acción», como dijera G. Gentile cuando elaboraba para el fascismo su ocasional filosofía política. Claro que de estas cosas demasiado intelectuales la Revolución no tiene culpa alguna...

Esta obra de Brinton implica una distinta y en cierto sentido nueva actitud. Su título la anticipa. Pues anatomía es ciencia que estudia la estructura de las diferentes partes de los cuerpos orgánicos, especialmente del humano; *anátome*, en griego, es corte, disección, según el diccionario. Y esto de someter al Mito a disección para un análisis crítico, a un hurgueo de cuerpo yacente, es poco menos que una profanación. Actitud de incrédulos, muy poco romántica. Analizar un mito es conocerlo hasta penetrar en sus entrañas; pero como no está muerto todavía, se corre el riesgo de matarlo. Mas el espíritu científico es osado, no lo arredra el peligro y arremete lúcidamente contra lo desconocido, como para demostrar que no es tan horro de romanticismo. Sólo que prefiere el bisturí a la imaginación, el experimento a la hipótesis. Esta actitud científica tiene su raíz escéptica, en el buen sentido de la palabra. ¿De dónde nace semejante escepticismo? Todo escepticismo suele ser hijo de la experiencia, de la madurez mental, de una sabiduría forjada por una vida largamente vivida. En este caso de la Revolución es la historia quien dicta,

como experta maestra, su prudente consejo escéptico: la oportunidad del análisis.

Parece que en el mundo occidental tiende a disiparse la embriaguez lírica en homenaje a la revolución. Ha llegado la hora serena, reflexiva del análisis. Pero antes de juzgarlo para su condena o su reivindicación, hay que conocerlo en su estructura, en sus características, en su mecanismo y en sus movimientos. Hay que conocer, investigar, para saber a ciencia cierta. Esta tarea puede ser cumplida honestamente si el investigador se acerca al fenómeno con el máximo respeto, sin anteojeras dogmáticas o prejuicios morales, como el médico al paciente. Este no es, por ahora, un problema ético, aunque del análisis pueden surgir colusiones éticas. No se olvide el antecedente ilustre de Maquiavelo, quien en su época sometió el arte de la política a minuciosa disección. En este sentido, la actitud de Crane Brinton no es absolutamente inédita. Allá, a mediados de 1800, cuando el Mito estaba en auge, Carlos Pisacane escribió un «Ensayo sobre la revolución», en cuyo texto se leen párrafos como éste: «Las revoluciones son como las ondas de un torrente rápido que, aunque turbias por el barro removido del fondo, no se detienen ni cesan de apartar con furia los obstáculos que se oponen a su curso. En cuanto un príncipe o un poder cualquiera surge para dirigir el movimiento y dice *lo haré yo*, inmediatamente todo ciudadano de actor que es, se convierte en espectador, y el ímpetu de la revolución se amortigua... Pisacane era un revolucionario, estaba en la revolución, pero su sentido crítico le permitía ver el bosque y el árbol al mismo tiempo. Era capaz de un análisis. ¿Al estampar esa reflexión tendría presente a Cromwell, a Robespierre o a Napoleón? De haber sido profeta hubiese adivinado a Stalin... Andrés Chenier, a fuer de poeta, fué menos analista que Pisacane cuando decía: «Imprudente y desdichado es el Estado donde existen varias asociaciones y cuerpos colectivos cuyos miembros, desde que los integran, adquieren un espíritu y unos intereses distintos a los del espíritu y el interés general. Feliz es la tierra donde no hay otra forma de asociación que el Estado, donde no hay otro cuerpo colectivo más que el país y donde no hay otro interés que la felicidad general». Para que esta felicidad general fuese factible previa la supresión de «un espíritu y unos intereses distintos», hubo que apelar al terror. Y la hermosa cabeza de Chenier fué tronchada por la guillotina con todos sus líricos ensueños, en homenaje a la unidad del Estado. Muchos años después, cuando la guillotina resultó un instrumento anacrónico y se la reemplazó por otros medios igualmente eficaces pero menos espectaculares, Bertrand Russell diría:

## Hombre, tiempo y ciudad

amplísimo del tema. Ahora se sigue analizando exhaustivamente la gravitación del modo de vida urbano sobre la persona por médicos, sociólogos, técnicos, economistas... Pero una sociedad poderosamente influida por estímulos de tipo centralista y autoritario — capitalismo o comunismo — difícilmente puede acometer la tarea razonable de curarse a sí misma.

Pero en la medida que la ciudad crece se empobrece la vida del hombre, su habitante. En vano tratará de paliar su soledad con espectáculos y fiestas. El final es un irremediable vacío. El suicidio es una de las peores consecuencias de la hidropesía urbana, las neurosis su más flagrante resultado. La ciudad es como una máquina que usa sus piezas y las tira. Por eso, en comparación con la antigua manera de envejecer, forma clásica y única de acceder a la sabiduría, «lo más parecido — hoy — a la vejez de un ciudadano es el desgaste de una pieza de máquina, o el de un objeto desechado por la moda, que pierde su utilidad.»

Si es cierto que las ciencias del hombre nos enseñan actualmente más cosas que nunca sobre él, recibimos también esas enseñanzas de manera abstracta. El hombre habla de sí mismo como de una pieza de museo, enajenadamente. Su vida es un discurrir, y para

discurrir no hay ninguna posición mejor que la superficial. Hasta cuando se eleva en la realización de sus inmensos rascacielos nos da superficies verticales, agujereadas y exánimes. Superficie y aceleración son las premisas del ciudadano de este tiempo. El reloj aparece necesariamente como uno de los implementos capitales que le ayudan a subdividir el vértigo. Pero el reloj mide el tiempo, no lo rebasa ni lo suprime. Introduce, sin embargo, la noción de brevedad, de finitud. Ganar tiempo es, entonces, la cuestión. Pero hasta en el reposo, con el despertador al lado el hombre de la ciudad prolonga su ansiedad, la perpetúa en el sueño. Por eso las neurosis, en nuestro tiempo, constituyen el más rico repertorio de la medicina. En realidad, extremando el análisis, puede decirse que la función de un hombre pendiente del minutero es la de atravesar hasta la muerte el gran tiempo hueco de su vida. La velocidad no solamente produce la sensación de vacío, sino que termina en el vacío. La enfermedad del hombre de la urbe es su soledad irremediable e irreductible: la lleva dentro.

B. M.

(1) «La Cabeza de Gollath», E. Martínez Estrada. Ed. Nova, Buenos Aires.

# ANATOMIA DE LA REVOLUCION

«En el 900, la afirmación de la libertad parecía lo bastante noble para justificar la violencia; la violencia vino debidamente, pero entre tanto se perdió la libertad»; así como Chenier, un siglo antes perdió su cabeza. Pero la opinión de Russell es la de un contemporáneo nuestro, quizás la de un científico que forma parte de «una época de revolucionarios desengañados», como dice Alex Comfort en su libro «Autoridad y delincuencia en el Estado moderno». Mucho más interesante es consignar lo que dice Godwin, el notable autor de «Una investigación acerca de la Justicia Política» (1793): «La gran causa de la humanidad... sólo tiene dos enemigos: los partidarios de lo antiguo y esos partidarios de la innovación que sin paciencia por la espera se inclinan a interrumpir violentamente el tranquilo, el incesante, el rápido y prometedor progreso que el pensamiento y la reflexión parecen estar haciendo en el mundo». A Godwin no le alucinaba, evidentemente el resplandor del Mito que en esos momentos ya tenía a Robespierre oficiando sobre los altares enrojecidos. Los jacobinos de todos los tiempos dirían del revolucionario Godwin que es, cuando menos, un reformista contrarrevolucionario. ¿Lo salvaría de la condena moral la autoridad científica de Russell para quien «el método de la reforma gradual tiene muchos méritos y yo no deseo predicar la revolución»? Digamos, de paso, que el mismo Russell acaba de ser condenado moralmente por el Santo Oficio laico de la Revolución, en la iglesia ortodoxa de Moscú. Es significativa esta anécdota de Proudhon, revolucionario activo y de pensamiento: En cierta oportunidad — narra Sainte Beuve — Proudhon mantuvo un diálogo con el príncipe Napoleón. El rebelde francés exponía al príncipe algunas de sus ideas y su visión del futuro. «¿Pero, dijo el príncipe, qué clase de sociedad sueña Ud?» A lo que respondió Proudhon: «Sueño una sociedad en la que seré guillotinado por conservador...» No sabemos si el príncipe Napoleón tenía la perspicacia necesaria para captar la ironía. Pero Proudhon era un intelectual con mucha experiencia revolucionaria, la experiencia que no tuvo tiempo de adquirir Chenier.

No obstante los desencantos que produjera en los espíritus críticos el mito de la Revolución, ésta siguió conservando su mágico prestigio. En los comienzos del siglo XX, George Sorel editó sus «Reflexiones sobre la violencia». Trataba, claro está, de la violencia revolucionaria. A Marx se le había ocurrido que la violencia era una «partera de la historia»; decir violencia implica decir guerra o revolución. A Sorel le pareció mezquina la función de comadrona; para él la violencia era mucho más que eso. Y saliendo al cruce a los moralistas que repugnan de la violencia, proclamó la eticidad de la

misma. En polémica con Jaurés le dice: «Hoy ya no vacilo en decir que el socialismo sólo puede subsistir mediante la apología de la Violencia»; y escribía violencia con mayúscula porque Sorel estaba creando un nuevo Mito; «la huelga general sindicalista, y la revolución catastrófica de Marx son Mitos», subraya en la carta que dirige a Daniel Halevy, que aparece como prólogo en su obra famosa. Las reflexiones de Sorel tuvieron fácil eco en muchos espíritus, a tal punto que en ellas abrevaron desde Mussolini a Hitler; y surgieron las revoluciones reaccionarias —no las proletarias que esperaba Sorel— de este último medio siglo, con su trágico y grotesco desfile de dictadores frenéticos y belicistas. Estas revoluciones no figuraban en los programas proféticos de los revolucionarios del romanticismo, ni en los de sus herederos del 1900; y como no entraban en los esquemas prefabricados de los teóricos hubo que llamarlas contrarrevoluciones. Es que el Mito cambiaba de faz, se tornaba

proteico cosa que no habían sospechado sus adoradores. De tal experiencia práctica, Russell extrae esta reflexión: «... hay revoluciones malas a la vez que buenas; Mussolini, Hitler y Franco nos proporcionan una prueba visible... No quiero sugerir que las revoluciones no sean nunca necesarias; pero si que no representan un adelanto positivo... Mediante las revoluciones se puede cambiar el nombre de las cosas, pero no las costumbres e impulsos de las gentes. Y se halla que las cosas viejas aparecen con nombres nuevos. Y éste ha sido siempre el peligro de las revoluciones». Al respecto, Crane Brinton expone a título de curiosidad tan pintoresca como significativa, cual si desease certificar la observación de Russell, esta manía revolucionaria de cambiar los nombres. Señala que durante la Revolución Francesa la palabra «rey» era tabú, a tal punto que a la «abeja reina» se llamaba «abeja ponedora»; la ciudad de Lyon burlante realista fué rebautizada «ciudad liberada», y El Havre fué

«Havre-Marat». Así como en Rusia la localidad de Zaritsyn se convirtió en Stalingrado, «que no es el único sitio en que Stalin reemplazó al Zar», acota irónicamente Brinton. Y para no ser menos, en nuestra América, Santo Domingo es ahora Ciudad Trujillo y La Plata fué Eva Perón...

Hemos dicho que la actitud crítica, analítica, de Brinton no es absolutamente nueva. ¿Habrá que recordar a Eliseo Reclus, mentalidad científica con alma de poeta, quien en su época planteó el problema «Evolución y revolución» en un breve ensayo cáustica y sofisticadamente combatido por el marxista Plejanov? ¿Habrá que citar la más reciente actitud de Jorge Nicolai, quien en «Miseria de la dialéctica» (recientemente reeditada en México) arroja los dardos de su ironía sobre lo que él llama el «élan» revolucionario? (1). No es necesaria mayor abundancia de antecedentes. Pero la obra de Brinton obedece a otra exigencia que no es polémica en su finalidad, sino histórica. Analiza la Revolución con un sentido y un método que nos recuerda al de Jouvenel en su disección de «El Poder», y también a Cassirer en «El Mito del Estado, aunque en Cassirer el filósofo de la historia y la intención ética implícita predominan sobre el analista. Brinton sale al encuentro de «las constantes» de la Revolución merced al análisis de los movimientos sociales que le sirven como modelos para la disección: la revolución inglesa, la francesa, la norteamericana y la rusa actual. Si el autor fuese una mentalidad dogmática, intentaría demostrar que todas las revoluciones son internamente iguales como son iguales los órganos de un negro, de un blanco o de un amarillo. Pero éste no es un libro de afirmaciones sino de sugerencias. Quede, pues, al lector inteligente el placer y la responsabilidad de sus personales conclusiones. Lo importante es destacar que el autor sabrá suscitarlas en abundancia, sin duda alguna. No es nuestro propósito, ahora, redactar un breve ensayo que resulte una anatomía de otra anatomía, una disección de otra disección. Tampoco nos parece posible reducir al tamaño de una pildora sintética la dimensión de una obra como la de Brinton, pues la síntesis no sería tal, sino una lamentable mutilación.

(1) Actitud coherente, por otra parte, con el sentido de su «Biología de la guerra», donde dice: «Ninguna lucha violenta, por ser contraria a la naturaleza biológica de nuestra especie puede jamás adelantar a la humanidad; y este postulado biológico se comprueba ampliamente por la realidad de la historia, cuya enseñanza toda está en la palabra profunda del viejo Laotzé: con armas duras no se vence, sólo con las armas blandas de la razón».



Belleza y serenidad del paisaje.

# MESA REVUELTA



**P**REGUNTADA Frieda Krone, dueña del circo del mismo nombre, por si en su compañía lleva extranjeros, respondió: — Sí, muchos; no son alemanes la mayoría; pero para nosotros no hay nacionalidad ni creencia; sólo cuentan la persona y el artista.



El congreso celebrado por una corporación de médicos ingleses ha llegado a la sagaz conclusión de que la riqueza material es causa importante en la gestación de enfermedades mentales.



El multimillonario Giovanni Mandrini, al darse cuenta de que había coleccionado 25 coches en su desafortunada pasión por los autos, decidió deshacerse de todos ellos por no disponer de bastante cuerpo para tanta carrocería.



Oratoria cara a España. «Guarda pueblo la economía general, ya que en general la economía a medias es tuya y mía, más estando el general con programa lateral arriesgamos un día de perder la economía (que siendo tuya ya es mía) sujeta a quiebra formal por culpa de un general de entrometidas espuelas, y quedas que te las pelas si ese mítico animal exige todo el caudal que entida la economía y siéndote el mejor guía, querido pueblo leal, yo salvo el gran dineral y tú con suma porfía forcejeas noche y día con el bruto general para darle carne al lobo o para hacerle el funeral.»



«Aparte el hombre de valor que no tiene poder, no creo que haya nada más lamentable que un cretino que lo tenga.»

De Edgard Faure, siendo ministro de Finanzas: «Cuando me encuentro ante un problema difícil, saigo del paso complicándolo.»

# LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA  
HISTORIA  
LITERATURA  
CIENCIAS



PEDAGOGIA  
NARRACIONES  
BIOGRAFÍAS  
POESIA

Adquirirlos en «SOLI», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X<sup>a</sup>), es ayudar al Suplemento.

## BIBLIOTECA DE «SOLI»

J. Peirats : «Estampas del Exilio en América»	180	Real Academia : «Gramática de la Lengua»	654
M. Bakunin : «Estatismo y Anarquía»	155	Kropotkin : «Grandes revoluciones»	250
Malatesta : «Entre Campesinos»	70	Han Ryner : «Grecia libertaria»	42
Ortega y Gasset : «Estudio sobre el amor»	450	J. G. Pradas : «Guerra civil»	94
Unamuno : «Estudio de aquello»	215	G. Valois : «Guerra o Revolución»	220
A. Camus : «L'Etat de Siége»	551	L. Tolstoi : «La guerre et la Paix»	1.205
A. Camus : «L'Eté»	450	A. Adler : «Guiando al niño»	476
P. Kropotkin : «Ética»	160	S. de Madariaga : «G. L. Quijote»	327
A. Camus : «L'Etranger»	400	Miguel del Castillo : «La guitarra»	420
F. Bilbao : « Evangelios Americanos»	245	José Andón : «Hacia la Aurora»	200
E. Reclus : « L'Evolución »	650	F. Alaiz : «La Federación autónoma»	30
J. M. Velasco : «Experiencia jurídica»	245	M. Crepa : «Historia de amor»	500
A. Camus : «El Extranjero»	460	Mogrovego : «Historia del crimen»	370
Samaniego : Fábulas completas	150	G. Papin : «Historia de Cristo»	250
Han Ryner : «Force publique»	300	A. Munthe : «Historia de San Michele»	900
Hector Malik : «En familia»	150	B. D. Castillo : «Historia verdadera»	350
Edelmir : «Fiesta española»	250	F. Urales : «Los hijos del amor»	150
J. C. Herder : «Filosofía»	350	E. Reclus : «L'Homme et la Terre»	6.800
Wells : «Feria»	300	E. Relgis : «Humanitarismo»	900
Baudelaire : «Les fleurs du mal»	130		
B. P. Galdós : «Fortunata»	400		
Assimil : «El francés sin esfuerzo»	720		
C. Pruffer : «Frobél»	420		
Camilo Viterbo : «Fundamentos modernos»	400		
D. A. Santillán : «Fundamentos de América»	500		
J. S. Ferrez : «Psicología»	750		
Guardia : «García Lorca»	1.500		
A. Rivera : «Geografía de España y Portugal»	1.650		
J. Palau Vera : «Geografía de España y Portugal»	490		
J. Puig : «Geografía de grado elemental»	150		
G. M. Bruño : «Gramática analítica»	450		
J. Ferrer : «Garbui Poétic»	150		
J. O. Gasset : «Goethe»	210		
A. de Zúñiga : «Gramática Castellana»	210		
Real Academia : «Gramática Castellana»	300		
Andrés Bello : «Gramática de la lengua castellana»	280		

Pedidos a Roque LLOP  
24, rue Ste-Marthe  
Paris (X<sup>a</sup>)  
CCP 1350756, Paris

RECIENTE APARECIDO  
El libro de Pedro Vallina:  
**CRONICA DE UN REVOLUCIONARIO**  
(Con trazos de la vida de F. Salvochea)

136 páginas de texto, 280 francos.

Es el primer volumen de «Cuadernos Populares».

# NOTICARIO

EN la sede social de la Sociedad de Autores (Madrid), será edificado un teatro a inaugurar dentro de dos años.

El premio literario anual «Eli-senda de Montcada» ha sido atribuido a la escritora Concha Castroviejo en premio a su novela: «Vispera de odio».

El arzobispado español está alarmado por la intromisión del «Padre Noel» en la superstición hispana. Esto y el consiguiente apagón que sufre la estrella de los «Reyes Magos» da tema e hipo al periodismo ramplón sujeto a las reglas del Santo Oficio papal-franquista.

El artista Yul Brynner ha terminado la película «Salomón y la reina de Saba» que en Madrid empezó el malogrado Tyrone Power junto con Gina Lollobrigida y compañía.

Xavier Montsalvatge, excelente compositor y ponderado crítico de arte musical, ha estrenado en Madrid con éxito un «Concierto breve» para piano y orquesta.

Arte y religión. Palabras del con-gregante Joaquín María Nadal con motivo de una polémica entablada sobre la conveniencia o inconveniencia de eliminar el coro (relevante obra de ebanistería artística) de la catedral de Barcelona: «En los escritos de oposición a la reforma he visto esgrimir tan sólo argumentos de carácter artístico; ninguno de tipo religioso, que son sin duda, los que deben tener preferencia tratándose de un templo...»

En Barcelona ha sido estrenada la obra poético-musical «El giravolt de maig», letra de José Carner y música de Eduardo Toldrà.

En la noche vieja miles de madrileños quedaron en la calle y con las uvas en la mano. Querían ir a comerlas en no importa qué teatro, tomados todos por asalto por otros tragavivas más madrugadores. ¡Si Calderón lo viera!

Los jóvenes libertarios españoles residentes en Francia se sirven del procedimiento magnetofono para dar conferencias culturales y sociológicas a los públicos que lo solicitan.

Solidaridad Internacional Anti-fascista (21, rue Palaprat, Toulouse, H. G.), ha publicado su acostumbrado calendario anual, este año bajo el signo de la industria. Está perfectamente ilustrado por el artista Juan Call.

# EN ALAS DEL RECUERDO

por Gabriel TRILLAS



HE recordado a Nora al leer la noticia de que «La Rotonde» del bulevar Montparnasse —o para ser más exacto, el maravilloso café de pintores, escritores y artistas situado en el ángulo que forman el bulevar Raspail y el bulevar Montparnasse— iba a ser convertido en salón de cine. A «La Rotonde» solía yo ir con Nora en mi etapa funambulesca, cuando el viejo Frederic tocaba la guitarra y el japonés Fujita dejaba caer su capul hasta el aro de carey de sus lentes y comenzaba a usar unos fabulosos pantalones a cuadros rojos y verdes. Entonces el catalán Utrillo acababa de mudarse de la desvencijada plaza de Tetre, en aquel paisaje lunar que era el corazón de Montmartre, a donde yo iba a visitarle, y el malagueño Picasso volvía a pintar como los primitivos florentinos.

La madre de Nora tenía una casa muy parecida a un restaurante, donde también se alquilaban camas, a la sombra espectral del Moulin de la Galette, en el calvario pedregoso de la rue Lepic, rodeada de aquellos polvorientos jardincillos de los viejos estudios de pintor que oían a permanganato y aguarrás. El padre murió en Verdún, la madre era el ser más parecido a la cigüeña hembra que pisaba las calles de París, pero Nora, con su nombre de protagonista de drama de Ibsen, con su cabellera negra recogida en todo lo alto con una cinta verde —¿por qué siempre verde?—, con la armonía lineal de sus formas ova-les —las más apropiadas para los sentimientos dulces y suaves— con su largo cuello, sus piernas finas y tan bellas, era como una mujer de Modigliani bien alimentada. Cuando los artistas comenzaron a abandonar la colina e instalaron sus tiendas en Montparnasse, la madre de Nora trasladó su hotelito o lo que fuera a la rue de la Gaité, pegando casi con «La Rotonde». Allí conocí yo a su hija y

una noche que la invité a ver «El Paquebot Tenacuyt» de Villdrae, que acababa de estrenarse, decidimos huir y nos fuimos a vivir a una buhardilla desde la que por las mañanas, sin movernos de la cama, veíamos emerger entre la bruma las románticas chimeneas de las casas de París.

Nora era analfabeta, pero tenía aficiones muy firmes. Por ejemplo, le gustaban los hombres. Y, dentro de este género, los artistas o los que ella creía que lo eran. Ahora, como Nora era una belleza pálida muy atractiva y muy generosa, tenía un éxito fabuloso entre la gente que frecuentaba «La Rotonde». Todos aquellos escandinavos melenudos que tomaban café o ajeno en las poco aseadas mesas, los bohemios sablistas, los lartagos, pintores, escritores y artistas que iban con sus amigas pintarrajeadas, que fumaban y enseñaban las ligas, habían tenido alguna relación más o menos sentimental y estética con Nora. Cuando yo pretendí monopolizarla, por ese arraigado sentido de la propiedad que tiene uno, y nos fuimos a vivir a la buhardilla, me puse un poco calderoniano y Nora me juró que se había curado y que iba a aprender a cocinar y a hacer «crochet». Pero al poco tiempo se marchó con un chino de la China que pintaba insectos primorosos y luego se fué con un sueco que hacía versos sin emplear jamás la letra «a». Nuestras relaciones, sin embargo, siguieron cordiales porque yo he sido siempre respetuoso de las vocaciones fuertes.

Pero antes de eso Nora y yo fuimos muchas veces a «La Rotonde» y formamos parte de una tertulia frecuentada por un ruso pálido, despeinado, sucio, lleno de caspa llamado Ilya Erenburgi y que hablaba maravillosamente de literatura y de pintura. Erenburg nos había enseñado la mesa a la

que solía sentarse Lenin en aquel café durante su permanencia en París, cuando vivía en el Hotel des Gobelins con su hermana menor María, que había venido a estudiar a París, y con su esposa Nadedja Krupskaja.

Una noche Ilya nos advirtió que había llegado un español famoso, Unamuno, y, efectivamente, no tardamos en estar sentados a su mesa, aunque por poco tiempo porque Nora, enterada de que aquel hombre de tan recia estampa labriega y vasca era poeta y todo lo demás, le dijo no sé qué al oído y Unamuno se ruborizó hasta la raíz del cabello.

Unamuno había sido desterrado por el dictador Primo de Rivera a Fuerteventura, una isla desolada. Dos o tres meses después de su confinamiento se le presentó monsieur Dumay, director de «Le Quotidien», y le propuso raptarlo. Este monsieur Dumay era un tipo pintoresco. Había sido empresario de circo en los Estados Unidos y, al hacerse periodista, quería llevar a su nueva profesión el estilo sensacionalista y amarillo de algunos periódicos gringos. M. Dumay ideó la romántica aventura y madame Menard-Dorian —excelente señora!— aportó el dinero necesario para la empresa. Don Miguel dudó un poco, pero finalmente aceptó y Mr. Dumay compró en Marsella una goleta, «L'Aiglon», y fué a buscarle. Tardó más de un mes en llegar de Marsella a Mogador. Unamuno, impaciente, bajaba todos los días a la playa:

*Dime que me dices, mar...*

Por fin llega el audaz periodista se embarca el poeta y, días después llega a París y se traslada al hotelito que le había buscado madame Menard-Dorian, en la rue de Laperouse, cerca del Bosque. A la noche Unamuno se fué a «La Rotonde», donde le esperaba un reducidísimo número de jóvenes españoles.

Muchas noches le vi allí y muchas veces le acompañé a su casa, escuchándole mientras caminaba con paso largo, elástico, firme, igual. Don Miguel llegaba al café, sacaba su moneda de un franco y pagaba cuando le servía el camarero, porque ni le gustaba convidar ni que le convidaran, y se ponía a hacer pajarillas de papel mientras llegaban sus amigos. Algunas veces le vi un librito bellamente encuadrado, como un breviario, que solía hojear. Eran poemas de Leopardi. Antes de que se hiciera muy tarde, don Miguel se levantaba y se marchaba a la pensión. Cruzaba el Luxemburgo, caminaba por el bulevar Saint Michel, llegaba a la orilla del río, pasaba las Tullerías y remontaba los Campos Eliseos. Iba, como siempre, con su sombrero redondo, el chaleco hasta el cuello, igual que un pastor protestante, la americana abierta, rascándose la barbilla incesantemente y hablando. Hablaba siempre, siempre. O leía artículos, ensayos, poemas. Yo le admiraba apasionadamente, íntegramente. Después — como los viajes y la vida ilustran mucho — dejé de admirarlo tanto. Pero entonces era para mí la imagen barroqueña y viril de España. Por ir a escucharle, aunque dijera cosas pequeñas, aunque todo el rato estuviera haciendo bolitas con las migas de pan, me olvidaba hasta de Nora, a la que no dejé que se acercara nunca más a nuestra mesa.

Una tarde fué al entierro de un niño español de pocos meses, en el cementerio de Pantin y dejó fluir su melancolía toda:

*... era de otoño y bruma el triste día  
y creí que enterramos — ¡Dios callaba! —  
tu porvenir sin luz, España mía.*

A los pocos días no pudo resistir más y se fué a Hendaya, en la frontera española. Un periodista francés le hizo una entrevista:

— ¿Qué piensa de la dictadura del español medio? — preguntó.

— No conozco españoles medios — contestó Unamuno —. En España los hombres son enteros.

¡Ay, don Miguel, si no se hubiera muerto tan pronto, si hubiera visto lo que pasó después!



**SOLIDARIDAD OBRERA  
SUPLEMENTO LITERARIO**

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros: C. C. P. Paris 1350756  
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe  
(PARIS X)

TELEFONO

Red. y Adm. ... BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre ... 180 francos

Semestre ... 360 id.

Año ... 720 id.

Precio del ejemplar 60 id.